

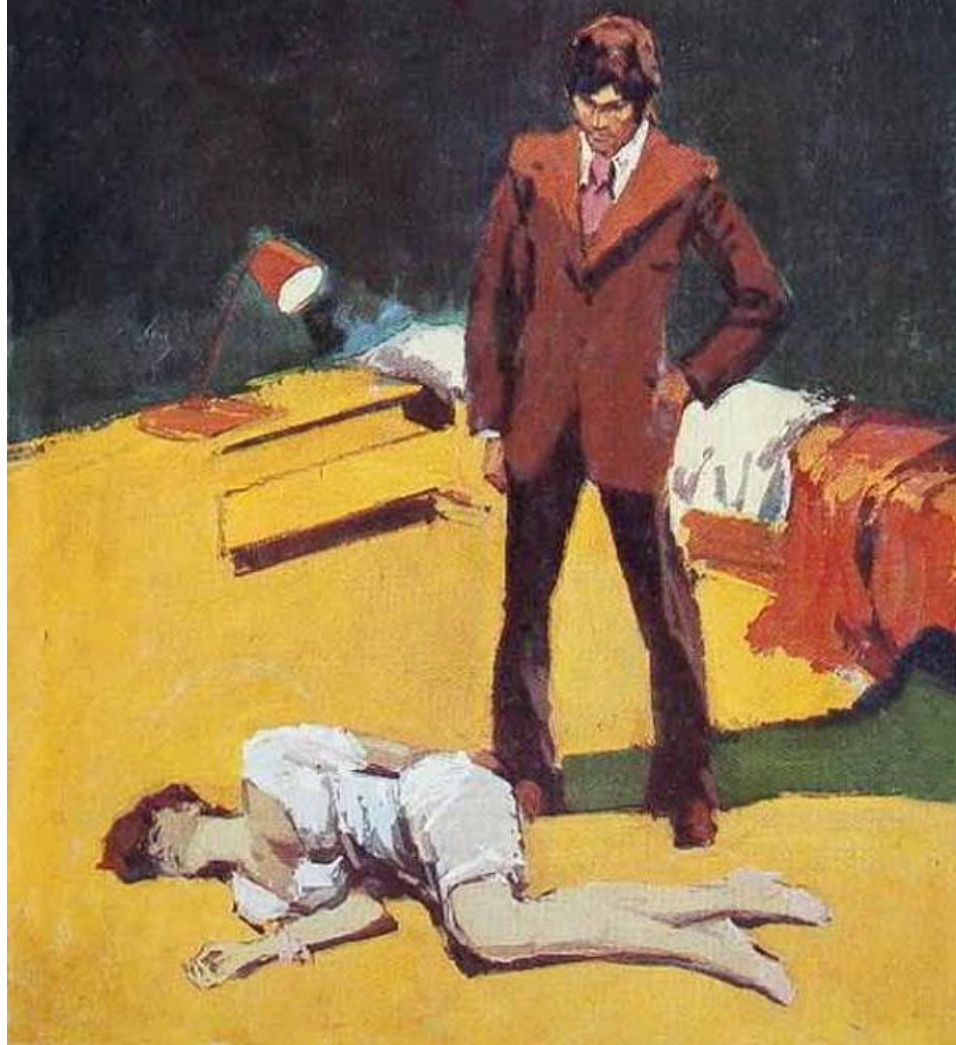
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

SALLY SHADD,
ASESINA

*Clark
Carrados*



El hombre llegó con su automóvil y se apeó, después de detenerse junto a la acera. Entonces notó que se le había apagado el puro que sostenía con los dientes y emitió un breve juramento.

Calvin Gorov hurgó en sus bolsillos. Una voz sonó de pronto a corta distancia.

—Necesita fuego, amigo.

—Oh, sí, claro... Muchas gracias...

—Entonces, aquí tiene fuego. ¡Y en el infierno tendrá mucho más!



Clark Carrados

Sally Shadd, asesina

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1691

ePub r1.1

Lds 24.02.19

Título original: *Sally Shadd, asesina*

Clark Carrados, 1983

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre llegó con su automóvil y se apeó, después de detenerse junto a la acera. Entonces notó que se le había apagado el puro que sostenía con los dientes y emitió un breve juramento.

Calvin Gorov hurgó en sus bolsillos. Una voz sonó de pronto a corta distancia.

—Necesita fuego, amigo.

—Oh, sí, claro... Muchas gracias...

—Entonces, aquí tiene fuego. ¡Y en el infierno tendrá mucho más!

Gorov empezó a volverse y, en el mismo instante, el revólver que le encañonaba vomitó dos fogonazos.

Las detonaciones quebrantaron ruidosamente el silencio de aquel distrito residencial. Gorov, con la sorpresa pintada en el rostro, dio un par de pasos hacia atrás.

Tenía la boca abierta y el cigarro se había desprendido de sus dientes. Con ojos desorbitados por el asombro, contemplaba a la mujer que tenía a pocos pasos de distancia.

—Tú... Has tenido que ser tú...

De pronto giró sobre sí mismo y se desplomó de bruces al suelo.

Se oyó un vivo taconeo. Una silueta femenina se perdió en la oscuridad próxima.

A lo lejos se vieron centellear las luces de un coche patrulla, que acudía a toda velocidad, alarmados sus tripulantes por los disparos que habían oído perfectamente desde casi mil metros de distancia. Cuando llegaron al lugar del suceso, vieron un cuerpo tendido sobre la acera.

Inmediatamente, saltaron del coche. Uno de los agentes se inclinó sobre el caído y le dio la vuelta.

—¡Señor Gorov! —exclamó, asombrado.

—¿Lo conoces? —preguntó su compañero.

—Sí, hace años... Señor Gorov, ¿qué le ha pasado? ¿Quién le ha herido? —preguntó el policía.

La sangre fluía por un lado de la boca del herido.

—Fue ella... esa maldita Sally Shadd... El agente se quedó estupefacto.

—¿Está seguro, señor Gorov?

Pero ya no obtuvo respuesta. La cabeza de Gorov se dobló a un lado y su respiración se apagó.

—¿Has oído, Lemmy?

—Sí, he oído claramente. Ha dicho que fue Sally Shadd. ¿Lo comprendes tú, Ed? El patrullero Edwin Fisher se incorporó y fue hacia el coche patrulla.

—No lo comprendo, pero ambos le hemos oído acusar a cierta persona. Esto va a causar mucho ruido, Lemmy, te lo aseguro —dijo Fisher, con el acento propio de un hombre que llevaba ya muchos años en la policía.

—Sí, será un caso muy ruidoso —convino el otro patrullero, y mientras Fisher llamaba por radio a la central de Policía.

Alguien se extrañó de la noticia.

—¿Calvin Gorov? ¿Y asesinado por su estrella favorita, Sally Shadd? Dios mío, qué noticia...

Otros policías fueron inmediatamente al lujoso apartamento que Sally poseía en Benedict Canyon, pero no encontraron a su dueña. El registro que hicieron les permitió averiguar que Sally Shadd se había marchado de la casa con bastante precipitación, lo cual, sin duda, quería decir que había planeado el crimen con la antelación suficiente para permitirse luego una fuga que tuviera absolutas garantías de éxito. Y, pese a todos los esfuerzos, Sally consiguió sus propósitos, porque no pudo ser encontrada de ninguna forma.

* * *

Con mirada divertida, Mark Grotton contempló los preparativos de la escena que se iba a rodar en el estudio. El movimiento de operarios y técnicos era delirante.

Grotton se dijo que por nada del mundo sería él artista de cine,

aunque ganase millones. Le entraban sudores sólo de ver aquel incesante movimiento, que parecía cosa de locos. Todos daban voces y gritos estentóreos y se escuchaban palabrotas de bocas de mujeres que también trabajaban en aquel manicomial ambiente.

De pronto un hombre, que mascaba un puro con la misma furia que habría mordido a su peor enemigo, se acercó a Grotton.

—¿Pero qué diablos hace ahí, parado? ¿Por qué no está ya dispuesto para la próxima toma?

—¿Cómo dice? —preguntó Grotton, ligeramente desconcertado.

—Vamos, vamos, no me venga ahora con tonterías. Empiece a desnudarse, aunque sea aquí mismo...

—Oiga usted... —protestó el joven—. ¿Acaso se cree que voy a rodar una escena de película «porno»?

—Pero ¿qué está diciendo, estúpido? Sólo tiene que meterse en aquella bañera, aunque siga con el «*slip*» puesto... —El hombre lanzó un aullido—. Vamos, chicos, ayúdenme a desvestir a este idiota.

Tres o cuatro hombres se apoderaron de Grotton y lo dejaron en calzoncillos en contados segundos. Luego lo llevaron en vilo hasta una enorme bañera circular, llena de espuma.

—¡Adentro! —rugió el hombre que parecía ser uno de los ayudantes del director. Grotton se vio sumergido en el agua, antes de que pudiera recobrarse de su asombro.

Una hermosa muchacha, de pelo rubio, desnuda de la cintura para arriba, entró a continuación y se sentó frente al joven.

—Hola. Soy Sandra Dunlare. ¿Cómo estás?

Grotton parpadeó. Durante una fracción de segundo, había podido ver el hermoso torso de la muchacha. Ella, sin embargo, no parecía conceder demasiada importancia a la situación.

Antes de que pudiera decir algo, se oyó un bramido:

—¿Por qué no hemos contratado a Tivvy para esta escena?

—No seas animal, Hugo. ¡Tivvy no tiene lo que se debe tener en la pantalla, aunque no sea más que durante dos segundos! —contestó otro, con no menos estridencia en la voz. Alguien se acercó a la bañera.

—Ya saben lo que tienen que hacer —dijo—. Usted se ha colado subrepticamente en la mansión de la estrella y se ha metido en la bañera. Ella intentará salir y se levantará, pero, al darse cuenta de

que está desnuda, volverá a sentarse. ¿Entendido?

Grotton vaciló.

«¿Por qué diablos no tengo que decirles la verdad?», se preguntó. Pero, de pronto, una idea le hizo sonreír y asintió.

—O. K., amigo.

—Me llamo Jack Stevens —dijo el otro—. ¡Jefe, aquí listos! —vociferó.

—Randy —gritó alguien—, toma a la chica de espaldas, que no se le vea el rostro. Cuando se levante, procura captar sólo el perfil. La escena será muy rápida y la gente no se dará cuenta de que no se trata de esa maldita Sally Shadd.

—Se refiere, sin duda, a la asesina de Gorov —dijo Sandra.

—¿La conocía usted? —preguntó Grotton.

—Sólo de vista.

—Yo la he visto varias veces en la pantalla. No me gustaba demasiado como trabajaba, a decir verdad.

—No lo hacía mal del todo —opinó la muchacha.

—¿Cree que usted lo haría mejor?

—Tendría que probarlo, pero, por el momento, debo conformarme con papelitos insignificantes.

—Con la esperanza de alcanzar la fama algún día —sonrió Grotton.

—Con la esperanza de llenar el estómago a la noche.

—Mal asunto este del cine, cuando no se es estrella.

—A usted también le interesa ser famoso, parece.

—¿Quién, yo? —Grotton soltó una carcajada—. Si supieras la verdad, Sandra... Un hombre se acercó en aquel momento.

—Prepárense; vamos a rodar dentro de un minuto. Sandra, ¿recuerdas bien lo que debes hacer?

—Descuide, señor Ingalt.

El hombre empezó a marcharse, pero, de pronto, dio media vuelta y se encaró con Grotton.

—Oiga, usted no es Bill Shummer —dijo.

—No, señor —contestó el joven.

—Entonces, ¿por qué diablos está aquí?

—Bueno, veré, yo pasaba cerca de este sitio y, de repente me entraron ganas de darme un baño en compañía de una chica bonita. Entonces, me dije: «Mark, hijo, ahí tienes la bañera y la chica». Y

entré y...

Ingalt soltó un bufido.

—¡Oh, diablos, qué más da! De todos modos, esta película, con o sin la asesina, será una...

El calificativo hizo que Grotton se apretara la nariz con dos dedos.

—No tiene pelos en la lengua —comentó gangosamente.

—El señor Ingalt es un hombre muy sincero y dice las verdades a todo el mundo, sin importarle quién pueda ser. Altos y bajos le escuchan y no rechistan siquiera, porque él suele tener razón siempre.

—No rechistarán, pero tampoco le harán mucho caso, cuando siguen adelante con lo que él considera que es un engendro.

—El productor manda, Mark —contestó ella—. Y no le habrá dicho nada al señor Ingalt, porque no se habrá atrevido, lo cual no ha sido obstáculo para seguir adelante con su proyecto.

—Sí, el dinero manda —confinó él filosóficamente—. Sandra, ¿tienes algo que hacer después del rodaje?

—Me vas a invitar a cenar —sonrió ella.

—¿Eres telépata? Entonces, a ver si adivinas lo que seguirá después de la cena.

—¡No! Prefiero no adivinarlo...

—Entonces, no eres telépata, porque después de la cena, te acompañaré honestamente a tu casa y ni siquiera te pediré que me invites a un trago en tu apartamento. Tengo trabajo y no dejo que se me peguen las sábanas.

Sandra le contempló, admirada.

—¿Qué eres, Mark, si se puede saber?

—Picapleitos —contestó él desenvueltamente. Alguien lanzó un bramido a través del altavoz.

—¿Dónde está ese maldito Tivvy? Búsquenlo, por todos los diablos; tiene que estar a punto para rodar la siguiente escena.

—Doblará a Sally —dijo Sandra en voz baja.

—¿Un especialista?

—No, es un hombre, pero, claro, no podía hacer la escena de la bañera.

—Sandra —dijo el joven, mirándola fijamente—, ¿no te importa a ti rodar esta escena? Ella hizo una mueca.

—No me piden más y dura unos segundos solamente. Pero, francamente, era para mí la tabla de salvación. Lo entiendes, ¿verdad?

—Lo entiendo, pero no sigas por este camino. A menos que no te importe dejar tu dignidad hecha jirones...

Grotton no pudo continuar.

Un megáfono emitió una tonante orden:

—¡Atención todo el mundo! ¡Vamos a rodar!

Los murmullos se acallaron en el acto. El director ocupó su puesto, contempló el escenario unos instantes y luego pronunció las palabras de ritual:

—¡Silencio, se rueda! ¡Cámara, acción!

Entonces, Grotton se puso en pie y, antes de que nadie tuviera tiempo de adivinar sus intenciones, exclamó a voz en cuello:

—¿Dónde está ese bribón de Cuff Bailey? ¡Si ese desvergonzado inventor de historias estúpidas está presente aquí, que asome sus cochinas narices y me pague los cinco mil dólares que me debe!

CAPÍTULO II

Los ojos de Sandra brillaban maliciosamente, a la vez que se cubría la boca con una mano, para no reír a todo trapo.

—La has armado buena, Mark —dijo, mientras cenaban por la noche en un discreto restaurante—. Ted Ingalt me dijo, en un aparte, que jamás se había visto nada semejante en los estudios.

—Para todo hay una primera vez —contestó Grotton—. Y, sinceramente, empezaba ya a cansarme de las dilaciones que continuamente me opone Bailey.

—Creo que es el más afamado guionista de la compañía.

—Sí, y también un sinvergüenza, con menos conciencia que un cocodrilo disecado. Fui allí, con la esperanza de verle, para cobrar la deuda, y me encontré de pronto metido en una bañera. Por lo visto, me confundieron con el tipo que debía desempeñar el papel.

—Parecías divertirme mucho, Mark —le recordó ella.

—Bueno, en un principio, me lo tomé a broma, pero luego pensé que era una buena ocasión de sacarle los colores a Bailey. ¡Caramba, Sandra; no es que mis asuntos vayan mal, pero cinco mil dólares no son cosa de broma precisamente!

Sandra suspiró.

—Ojalá los tuviera yo —dijo—. ¿Por qué te debe Bailey esa suma? Si no es indiscreción, claro.

—No, no tengo inconveniente en que lo sepas. Hace algún tiempo, le encargaron a Bailey un guión para una película de ambiente judicial. Habría varias escenas, muy dramáticas, durante un juicio, y me pidió que le asesorase, a fin de no cometer errores. Bueno, a decir verdad, tres cuartas partes del guión son mías, pero, siendo abogado, cometí la ingenuidad de fiarme de él.

—No hubo contrato escrito.

—No. Pero es que entonces yo no le conocía. Sandra, en esta vida, a veces, es preciso confiar en la palabra de alguien, sobre todo, si estimas que es tu amigo. Bailey me resultó ser un pillo de siete suelas, por no calificarlo con palabras más fuertes.

—V se llevó todo el crédito de la obra.

—Puedes estar segura de ello. Al fin, cuando descubrí la jugarreta, me prometió pagarme cinco mil dólares. Una fruslería teniendo en cuenta que cobró cien mil, más los derechos que se perciben en el futuro por la proyección de la película en todos los cines del mundo y más adelante en la televisión. ¡Se va a forrar, ese miserable!

—¿No hay forma de probar que tienes una parte importante en el guión?

—No, ya digo que todo se acordó verbalmente. Y luego, a pesar de que ya me había engañado una vez, volví a picar cuando creí que me pagaría cinco mil dólares. ¡Ese hombre iría al Congo y congelaría el río donde nadaba Tarzán!

Sandra se echó a reír al escuchar aquella pintoresca metáfora.

—Perdona, pero no he podido contenerme —se disculpó—. Demasiado sé que estás muy irritado por la jugarreta que te gastó Bailey. Lo siento; nada deseo más que puedas cobrar tu deuda.

—Gracias. La cobraré, no te quepa la menor duda. Y puede que esta misma noche...

Alguien interrumpió a Grotton. Un hombre se acercó a la mesa.

—¿Puedo sentarme? —consultó.

—¡Señor Ingalt! —exclamó Sandra.

—Hola, muchacha. Señor Grotton...

—Siéntese —invitó el joven—. ¿Quiere tomar algo con nosotros?

—No, gracias. Señor Grotton, tengo interés en hablar con usted.

—Les dejaré solos —dijo Sandra.

—No, no es necesario que se marche, muchacha —permitió Ingalt—. Señor Grotton, ¿puedo saber por qué hizo una cosa semejante hoy en el estudio?

—¿Estaba presente?

—Sí, desde luego.

—Entonces, no hace falta que diga más. Ya oyó lo que dije, no hay nada que no sea absolutamente cierto y no tengo nada más que añadir.

Ingalt sonrió.

—Muchacho, no se sulfure. Yo no he venido aquí a reprocharle su acción, aunque ello haya costado un montón de dinero a la productora. Lo único que quería saber es si lo hizo por propia iniciativa o había alguien detrás de usted.

Grotton levantó las cejas.

—¿Está insinuando que alguien me pagó para que hiciera aquella escena y les estropeará el resultado de todo un día de trabajo?

—No se ofenda, señor Grotton. Tengo derecho a pensar así. Si no es cierto, le presentaré mis excusas más sinceras.

—Pues ya puede empezar. Ese canalla de Bailey me debe cinco mil dólares, por colaborar con él en el guión de su última película, ésta precisamente. Aunque lo más correcto sería decir que me pertenece el setenta y cinco por ciento de la tarea.

—Estimo que es usted sincero —dijo Ingalt—. La fama de Bailey no es buena, por desgracia, y no es usted tampoco el primero al que ha gastado una jugarreta semejante. De modo que casi todo el guión es suyo.

—Ahora me avergüenzo de confesarlo. Las intervenciones de Bailey van a convertir esa película en una basura.

—No sabe bien lo cierto que es eso. La verdad es que en esta productora hay unos cuantos cerebros que estarían mejor pensando en cuál es la próxima calle que deben barrer. Pero, por desgracia, pese a mi posición, yo no mando y no puedo hacer la limpieza que sería necesaria para que la productora funcionase mejor. De todas formas, celebro que no haya actuado por cuenta de la «Four Stars».

—Es otra productora de cine, creo —dijo el joven.

—Sí, y no emplean métodos demasiado decentes para conseguir buenos resultados. En una ocasión, contrataron a un experto ladrón, quien forzó la caja fuerte y copió fotográficamente el guión de uno de nuestros filmes. Luego, la «Four Stars»...

—No siga, conozco el procedimiento. Plagió el argumento, hizo algunos cambios en el guión y consiguió un éxito rotundo.

—Exacto —confirmó Ingalt—. Hablando en serio, señor Grotton, si estuviera en su mano, ¿qué cambios introduciría usted en el guión?

—¿Quiere que sea sincero, señor Ingalt?

—Se lo agradeceré, muchacho.

—En primer lugar, suprimiría casi totalmente ese veinticinco por ciento que pertenece a Bailey. También haría algunas modificaciones en lo que yo escribí; no se vaya a creer que soy infalible. Pero, entre otras cosas, procuraría darle al argumento un aire más... dinámico, con algunos toques de humor sin estridencias... Y, desde luego, suprimiría la escena de la bañera. ¡Es horrenda! ¡En un filme de ambiente judicial! —Se horrorizó Grotton.

Ingalt se echó a reír.

—No mando en la productora, pero suelen escuchar mis consejos —manifestó—. Quizá le llame uno de estos días, si me deja su dirección.

Grotton sacó una tarjeta de visita.

—Aquí tiene, señor Ingalt.

—Gracias. Creo que pronto podré darle buenas noticias. —El hombre se había puesto ya en pie—. Sandra, celebro haberla saludado.

—Encantada —respondió la muchacha.

Ingalt se marchó. Grotton fijó la vista en Sandra.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Ingalt es hombre modesto. Tiene más autoridad en la productora que la que ha dado a entender. Sé que escuchan sus consejos y que en raras ocasiones dejan de atenderlos. Si te recomiendan, puedes llegar muy alto.

Grotton hizo una mueca.

—Sería cosa de estudiarlo detenidamente. Sí, podría ganar dinero... pero quizá a costa de perder buena parte de mi libertad. De todos modos, no me han hecho todavía una proposición en serio. Cuando llegue ese momento, será cosa de estudiar el asunto detenidamente.

Sandra suspiró.

—Te envidio, Mark —dijo—. Tú tienes algo de lo que yo carezco: cerebro.

—Vamos, no me dirás que eres tonta... Ella sonrió amargamente.

—Sólo soy una cara bonita y un cuerpo de silueta atractiva. Y, como yo, hay miles y miles de chicas en Hollywood, aguardando su

oportunidad, que nunca llega para la inmensa mayoría de nosotras. En cambio tú, con tu privilegiada mente, puedes llegar muy alto, insisto.

—Bah, son suposiciones sin fundamento. Sólo colaboré en un guión y ya ves el resultado que he obtenido. Y ahora, si me permites...

Grotton llamó al camarero y pidió la cuenta. Momentos después, se disponían a salir.

Entonces, se tropezaron con un hombre que entraba en el restaurante.

—¡Caramba, Sandra! Ahora me explico por qué te niegas siempre a aceptar mi invitación —exclamó el sujeto.

—El señor Grotton es solamente un buen amigo —declaró la muchacha—. Mark, él es Tivvy Hoagey.

—Es un placer, señor Grotton —dijo Hoagey—. Le envidio sinceramente, créame.

—Vamos, vamos, Tivvy, lo que te sobran a ti son chicas deseosas de aceptar una invitación a cenar —dijo Sandra jovialmente.

Grotton estudiaba al sujeto que tenían delante de sí. Era un hombre joven, de unos veintiocho años, de mediana estatura, muy esbelto y de rostro increíblemente hermoso, con rasgos casi femeninos. Aunque no llevaba el cabello muy largo, se veía claramente que acudía a un buen peluquero. Sus ropajes, aparentemente descuidados, eran buenos, de precio.

—Alguien me ha echado encima una fama que no merezco —contestó Hoagey simulando resignación—. Lo cierto es que de cada cien intentos, sólo obtengo éxito en una o dos ocasiones.

—Animo, no desistas —rió la muchacha—. Algún día conseguirás el ciento por ciento de éxitos, Tivvy. Perdona, pero ya nos íbamos...

—Sí, claro. ¿Te veré mañana en los estudios?

—Eso espero.

—He tenido mucho gusto, señor Grotton —dijo Hoagey. El joven contestó con una breve inclinación de cabeza y abandonó el local en unión de Sandra.

—Tienes que indicarme la dirección de tu casa, para acompañarte —dijo—. Y, como habíamos acordado, no te pediré que me invites a tomar una copa en tu apartamento. Puede que se

la pida al sinvergüenza de Bailey.

—¿Piensas ir a verle?

—Esta misma noche, sin falta, en cuanto te haya dejado en casa. Sandra lanzó un profundo suspiro.

—¡Cómo me gustaría estar presente en esa entrevista! —exclamó.

—¿De veras? —preguntó él.

—Sí, aunque ya comprendo que mi presencia resultaría indiscreta...

—¡Al contrario! —exclamó Grotton—. Creo que resultará conveniente disponer de un testigo y nadie más adecuado que tú.

El coche rodaba en dirección Norte y, apenas tuvo ocasión, Grotton viró en redondo y tomó la ruta que les llevaría a la residencia de Bailey.

* * *

—Perdona la pregunta, pero es que, a veces, soy un poco curioso —dijo el joven a poco—. Ese tipo que te saludó cuando salíamos, ¿trabaja también en el cine? Me pareció haber oído su nombre en el estudio...

—Es Tivvy Hoagey, un buen «especialista», que dobla sobre todo, a las estrellas femeninas. En ocasiones ha tenido algún papel importante en un filme y, además, también cultiva el «*ballet*» clásico.

—Vaya, un tipo polifacético.

—Sí, es cierto. En la productora lo aprecian muchísimo.

—Sandra, si Hoagey te hubiese invitado a cenar, ¿habrías aceptado?

—No —contestó ella rotundamente—. Imagínate los motivos, Mark.

—Sí, claro. ¿Quién lo dijera? Con su cara, su figura, sus ademanes... Uno pensaría al verlo en ciertas inclinaciones sexuales y no precisamente hacia el lado femenino.

—Es cierto. Bueno, quiero decir que algunos dicen de él que es... «gay». Pero Tivvy no protesta nunca.

—Si alguien dijera de mí una cosa semejante, le aplastaría la nariz de un buen puñetazo —exclamó Grotton.

Sandra se echó a reír.

—No, Tivvy no protesta jamás. Es un tipo muy listo, Mark. De este modo logra más conquistas de las que admite, aparentemente tan preocupado por su falta de éxitos. Pero lo cierto es que hay pocas que se le resisten.

—¿De veras?

—Hombre, imagínate... Es muy guapo, todo hay que decirlo. Pero cuando una mujer le ve y se encapricha de él, y oye rumores acerca de sus debilidades sexuales, lo primero que trata de hacer es conseguir... que vuelva al redil de la normalidad en el sexo. Tivvy se deja conquistar... y la tonta cae en sus redes, sin saberlo siquiera.

—No está mal —rió Grotton—. Tendré que pensar en ese procedimiento cuando quiera conquistar a una mujer.

—Conmigo no te valdría, Mark —dijo Sandra rápidamente.

—A ti te conquistaré por los métodos tradicionales. Yo soy «muy macho», que dicen los mejicanos... Pero dejemos la discusión para otro momento; ya estamos llegando a casa de Bailey y pronto estaremos discutiendo de temas mucho menos agradables.

—Discutir de dinero es muy desagradable para el que no lo tiene.

—Eres toda una filósofa y tienes toda la razón del mundo.

Grotton buscó un sitio para estacionar el automóvil, paró el motor y apagó las luces. A unos cien metros de distancia, en lo alto de una loma que se elevaba a diez o quince metros sobre el nivel de la calle, se veía la silueta de una casa de elegante apariencia.

Las ventanas aparecían iluminadas en su mayoría. Grotton meneó la cabeza.

—Menos mal que ese granuja está en casa —dijo—. ¿Vamos, Sandra?

—Sí, cuando quieras.

Un sendero enarenado serpenteaba entre el abundante césped. Para acceder a la puerta era preciso utilizar una escalera de cuatro peldaños, que daba a un porche de dos grandes arcos. La puerta, de madera, con grandes cuarterones, estaba entreabierta.

—Por lo visto, Bailey no teme a los ladrones —observó ella.

—Ningún ladrón resultaría tan peligroso como él —dijo Grotton cáusticamente.

Empujó la puerta y pasó a un gran salón, con pavimento de

grandes losas de color rojo oscuro. Al fondo había un gran arco, que indicaba la separación de un enorme comedor, cuyas luces estaban todas encendidas.

—Míralo —dijo ella de pronto—. Ha debido de emborracharse y se ha quedado dormido encima de la mesa. Tendrás que despabilarle mucho, para conseguir hablar con él, Mark.

Grotton asintió. Bailey estaba con los brazos sobre la mesa y la cabeza apoyada en ellos. Al lado se divisaba una botella casi vacía y una copa todavía con restos de licor.

—Creo que lo mejor será buscar un poco de agua y echársela por la cabeza...

Grotton se interrumpió bruscamente. Había avanzado unos pasos, mientras hablaba y, de repente, vio el negro orificio que había en la nuca de Bailey. La sangre había resbalado a lo largo del cuello, hasta desaparecer en el interior de la camisa. En cuestión de segundos, Grotton observó que la sangre había perdido buena parte de su brillo, lo que le dijo que la muerte de Bailey se había producido al menos una hora antes.

—Sandra, temo que no voy a poder cobrar mi deuda —dijo melancólicamente.

—¿Por qué, Mark? —se extrañó ella.

—Procura conservar la calma —aconsejó él—. No grites, no te excites; procura conservar la serenidad. ¿Me has oído?

—No me asustes, Mark —dijo Sandra—. ¿Está...?

—Sí, está muerto —confirmó Grotton—. Asesinado, para ser más exactos —diagnosticó.

CAPÍTULO III

Grotton usó el teléfono a la mañana siguiente para llamar a la muchacha:

—¿Qué tal has dormido, Sandra?

—Horriblemente mal. Toda la noche he tenido pesadillas en las que veía continuamente a Bailey... Es la primera vez que me encuentro en una situación semejante, compréndelo.

—También a mí me sucedió lo mismo.

—Pero tú eres abogado. Quiero decir que, en fin, estarás acostumbrado a estos asuntos...

—Mujer, ¿acaso piensas que estoy tratando con criminales las veinticuatro horas del día? Además, yo me ocupo únicamente de asuntos civiles. No trato con delincuentes como abogado defensor.

—Entiendo. Bien, ¿qué opinas del asunto?

—Lo único que sé es que me quedaré sin los cinco mil dólares que me debía ese infeliz. Se merecía una buena lección, aunque no un tiro en la nuca, desde luego.

—Lo siento, Mark. ¿Qué harás luego?

—Oh, trabajo no me falta. A las doce tengo que asistir a una vista preliminar en la audiencia. Luego he de entrevistarme con un par de clientes y, después, estudiaré un caso algo complicado sobre la propiedad de unas tierras. Como ves, trabajo no me falta.

—Me das envidia —confesó Sandra—. En cambio yo, ya puedes ver...

—No veo nada —rió él—. Estamos usando el teléfono.

—Bueno, era una metáfora. Quiero decir que aquí me tienes, en casa, mano sobre mano, esperando a que me llame mi agente, para proponerme un papel de dos minutos en una película. Si eso llega, cobraré quinientos dólares, él se me llevará el veinte por ciento...

—¿El veinte? Creí que percibían el diez —dijo Grotton, asombrado.

—Tengo un agente muy bueno, pero también es un aprovechado. Además, le debo todavía doscientos dólares, de un adelanto y debo pagárselos con mi próximo salario.

—Ese tipo es un negrero —refunfuñó el joven—. Pero ¿no se repite la escena de la bañera?

—La han suprimido y me he quedado en la calle —respondió Sandra tristemente.

—Lo lamento de veras. Me gustaría hacer algo por ti...

—No te preocupes, saldré adelante, Mark. Gracias, de todos modos. Oye, hablando de otra cosa, ¿no se sabe aún quién es el asesino de Bailey?

—La policía sospecha de la misma persona que mató a Gorov.

—¡Sally Shadd! —exclamó Sandra.

—Sí, ella.

—¿Lo crees tú?

—No tengo argumentos para contradecir la versión policial. No conocía a Sandra. Pero, por lo visto, tenía algún motivo para matar a Bailey.

—¿De veras?

—Sandra, discúlpame, pero se me está haciendo tarde. Si puedo, te llamaré en otro momento.

—Claro, Mark. Gracias, de todos modos.

Grotton colgó el teléfono y meditó unos instantes. ¿Por qué tenía Sally Shadd que matar a dos hombres? ¿Qué motivos la habían impulsado al asesinato?

Acabó encogiéndose de hombros. Resolver aquellos enigmas era cuestión de la policía.

* * *

Por la tarde, antes de ponerse a trabajar, examinó el correo. Una carta llamó especialmente su atención.

Estaba firmada por un tal S. Cultverson, quien afirmaba ser uno de los productores de la «Four Stars». En el membrete de la carta, efectivamente, se veía el emblema de la compañía: un círculo dorado, con cuatro estrellas azules, de siete puntas.

Cultverson le invitaba a una entrevista personal, para el día siguiente, a las once de la mañana. Si no podía acudir, le rogaba se lo comunicara a su secretaria, para concretar una nueva fecha y hora más acordes con el trabajo del joven.

Grotton reflexionó unos momentos. Al fin, decidió que no perdía nada con acudir a la entrevista. Consultó su agenda, vio que tenía un par de horas libres y decidió visitar a Cultverson.

Más tarde, llamó a Sandra.

—Quiero hacerte una pregunta —manifestó, después de unas cuantas frases de cortesía.

—Espero conocer la respuesta, Mark. ¿De qué se trata?

—Un tal Cultverson quiere verme mañana. Es uno de los productores de la «Four Stars». ¿Sabes algo de ese tipo?

—El nombre me suena, pero desconozco otros detalles. ¿Por qué no se lo preguntas al señor Ingalt? El conoce a mucha gente del cine, y si no, habla con Larry Hobstein.

—¿Quién es Hobstein?

—Mi agente artístico. Conoce muchos secretos. Alguien dice que si Hobstein apuntara tan sólo la posibilidad de publicar sus memorias, Hollywood se quedaría desierto antes de veinticuatro horas.

Grotton se echó a reír.

—La gente exagera, no hay duda. De todos modos, es tarde ya para hablar con esos dos hombres. Esperaré a ver qué me dice Cultverson y, en todo caso, más adelante tomaría una decisión. Gracias, Sandra. Quizá mañana te invite a cenar, si no tienes inconveniente.

—Ninguno, Mark, desde luego —aceptó la joven.

Grotton volvió al estudio de sus asuntos y permaneció largo rato sumido en el trabajo. Cuando terminó, observó que eran más de las once de la noche. Para relajar la tensión, se dio una buena ducha y luego se fue a la cama con una novela policíaca en las manos.

Antes de leer media docena de páginas, estaba dormido como un tronco.

* * *

El nombre era Silvanus Murphy Cultverson y se trataba de un

individuo de casi cien kilos de peso, cabello muy escaso, rostro de luna llena y un bigote de malo de película, al que su dueño parecía tener mucho cariño. Cultverson usaba chalecos de fantasía, aunque no corbata. El rostro le brillaba como si se lo hubiese untado con manteca y Grotton se dijo que aquel hombre debía de consumir ingentes cantidades de dinero sólo en desodorantes.

Estrechó una mano de dedos cortos y gruesos, sudorosa, fría como el vientre de un reptil. Pese a todo, Cultverson parecía un hombre amable y educado, y el joven aceptó el vaso alto, con *whisky* y un par de cubitos de hielo que le ofrecía el productor.

—Señor Grotton —dijo Cultverson al fin—, soy hombre al que no le gustan los rodeos.

Para empezar, aquí tiene un cheque. Diez mil dólares.

Grotton parpadeó al ver que Cultverson empujaba sobre la pulida mesa de despacho aquel rectángulo de papel.

—¿Por qué ese dinero? —preguntó.

—Se lo explicaré claramente. Usted colaboró con el difunto Bailey en el guión de una película, que está rodando la «Transmundial», ¿no es así?

—¿Cómo lo sabe? Cultverson soltó una risita.

—Bailey vino a nosotros con el guión, antes de presentarlo a la «Transmundial». Naturalmente, lo estudiamos y, finalmente, decidimos que no era un tema que nos interesara, por lo que se lo devolvimos.

—El muy bribón no me dijo nada —masculló Grotton.

—Si Bailey le jugó una trastada, ya está fuera de su desquite, amigo mío.

—No le envidio, ciertamente. De modo que le devolvieron el guión porque el asunto no les interesaba.

—Eso es. No nos interesaba en absoluto.

—Mi nombre no figuraba en el guión. ¿Cómo ha sabido que colaboré con Bailey?

—Como diría Sherlock Holmes, «elemental, querido Watson». Grotton, mejor dicho —sonrió el productor—. Habíamos tenido tratos con Bailey en otras ocasiones. Conocíamos sus procedimientos y llegamos a la conclusión de que él solo no podía haber escrito un guión tan bueno.

—Es una basura —refunfuñó el joven.

—Porque Bailey lo estropeó con su parte. De otro modo, habría resultado una buena película, créame.

—Bien, pero ¿cómo averiguaron,...? Cultverson le hizo un guiño.

—Tenemos un buen servicio de información —contestó, evasivo—. Bien, volviendo a lo nuestro. Ahora yo le daré una cuartilla en la que podrá leer la síntesis del argumento de la película que queremos y de la que usted será el guionista, si le satisfacen nuestras condiciones. En caso contrario, confiamos en su discreción para que ese argumento no sea revelado ni copiado para otra productora.

—Tiene usted mi palabra —afirmó Grotton—. Pero ¿cuáles son las condiciones?

—Cincuenta mil dólares, de los que serán deducibles los diez mil del anticipo. Más un sueldo mensual de dos mil quinientos y un contrato por tres años con la «Four Stars», bajo la condición de escribir un guión cada seis meses. El contrato entraría en vigor apenas entregado el guión del argumento que le voy a proponer.

—No está mal —dijo el joven—. Pero ¿qué hay de los restantes derechos? Ya sabe, una posible adaptación teatral... o el tanto por ciento de la taquilla y, desde luego, los ingresos futuros por la televisión.

—Todo ello figurará en el contrato, en las condiciones normales. Cincuenta por ciento de los derechos de adaptación teatral para usted. Dos por ciento, por la proyección de la película en salas comerciales. Y cinco por ciento de la proyección futura en televisión.

El joven meditó unos instantes. Luego dijo:

—Arriesgan mucho al contratarme, señor Cultverson.

—Tenemos buen ojo clínico, dicho sea sin falsa modestia. Pero son riesgos que debemos correr.

—Si la película resultase un éxito, tendría derecho a mejorar las condiciones del próximo guión —dijo el joven.

—El próximo guión le daría a usted setenta y cinco mil dólares, en tal caso. Por supuesto, nosotros nos reservamos la elección del argumento.

Grotton alzó un dedo.

—Yo también tengo que imponer mis condiciones —exclamó.

—Hable, se lo ruego.

—Primero, ejerzo una profesión, me gusta y no deseo abandonarla. No quiero encadenarme exclusivamente a una máquina de escribir, para componer guiones. Un contrato de tres años, significan seis guiones. Reduzcamos la cifra a cuatro y todos ganaremos. Yo seguiré siendo abogado y los guiones tendrán una mejor calidad.

—Aceptado —contestó Cultverson en el acto.

—Gracias. Celebro haber entrado en contacto con ustedes.

—Será una asociación sumamente beneficiosa, se lo aseguro. Bien, ahora le entregaré el argumento y... por supuesto, el cheque es suyo.

—¿Debo firmarle algún recibo? Cultverson se echó a reír.

—A Bailey le habríamos hecho firmar un millar de papeles, antes de darle un solo centavo —contestó—. Usted es distinto, señor Grotton.

—Me siento halagado —sonrió el joven—. Escribiré el guión en el menor tiempo posible.

—Será un éxito, se lo aseguro.

Grotton abandonó el despacho, sumamente satisfecho por el desenlace de la entrevista. No sólo iba a percibir una bonita suma de dinero, sino que también tendría unos ingresos mensuales fijos, cosa que no era de desdeñar en absoluto.

Pero ello, seguramente, representaría un notable incremento de trabajo y...

El tropezón que se dio contra un individuo que iba a entrar en el despacho que él abandonaba, le arrancó repentinamente a sus reflexiones.

—Está muy preocupado y no sabe reconocer a la gente —sonrió Hoagey.

—Ah, es usted... Perdone, pero estaba distraído.

—Sí, he sabido darme cuenta de ello. No sabía que tuviese relaciones con el señor Cultverson.

—Acabo de iniciarlas. Usted, por lo visto, también tiene tratos con él, señor Hoagey.

—Me han propuesto un papel en su próxima película y quiero conocer las condiciones antes de dar una respuesta.

—Ah... Bien, perdone, pero tengo trabajo. Encantado de haberle

saludado, señor Hoagey.

—Ha sido un placer. Salude en mi nombre a la señorita Dunlare.

Grotton continuó su camino y, sin saber por qué, se sintió disgustado por el solo hecho de que aquel individuo hubiese mencionado a la muchacha.

CAPÍTULO IV

Larry Hobstein estaba en mangas de chaleco, sujetaba un cigarro con los dientes y tenía ligas en las mangas de su camisa. Vio la expresión de su visitante y se echó a reír.

—No me mire así —dijo—. Es sólo una postura. La gente que viene aquí espera ver a un agente artístico, según ciertos cánones, y yo les doy ese gusto, vistiéndome de esta manera y teniendo un puro constantemente en la boca. Pero, vayamos al grano, señor Grotton. ¿En qué puedo servirle?

—Una representada suya me dio informes de usted. Dijo que viniera a consultarle.

—¿Sobre qué asunto?

—Cultverson, de la «Four Stars».

—¿Quiere contratarle? Si es así, ¿por qué viene a verme a mí? Yo no podré conseguirle algo que usted ya tiene directamente.

—No soy artista, si es eso lo que está pensando. Cultverson me ha ofrecido un contrato como guionista. Deseo saber su opinión sobre ese hombre.

—Tiene palabra de granito —contestó Hobstein instantáneamente.

—¿Granito? —repitió el joven, intrigado.

—Sí... Nosotros decimos que cuando él afirma una cosa, la cumple, y espera de los demás el mismo comportamiento. Pobre de usted, si algún día le dice una cosa y luego no la hace. Ya no volvería a levantar cabeza en los días de su vida, pero si se porta bien con él, tiene su porvenir asegurado.

—No se puede decir que sean malos informes —sonrió Grotton—. Muchas gracias, señor Hobstein. Y ahora, ¿puedo hacerle una pregunta?

—No me pida direcciones femeninas —contestó el agente maliciosamente.

—Oh, eso no me hace falta. Al contrario, me paso el día espantándolas, como si fuesen moscas.

Los dos hombres rieron fuertemente. Luego Grotton dijo:

—¿Por qué le cobra a Sandra Dunlare el veinte por ciento, en lugar del diez, como parece lo corriente?

Los ojos de Hobstein se achicaron. La sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Quiere saber la verdad, señor Grotton?

—Se lo agradeceré sinceramente.

—Sandra tiene ciertas cualidades, y no se lo reprocho, que la impiden aceptar ciertos papeles. Es decir, los conseguiría si hiciese concesiones, y entonces, yo sólo le cobraría el diez por ciento, porque me resultaría más fácil conseguirle trabajo en el cine. ¿Me comprende usted?

Grotton dejó de sonreír también.

—Tiene que conceder favores, si quiere trabajar.

—Exactamente. Y como la señorita Dunlare no es de ésas, resulta mucho más difícil encontrarle papeles a su medida. Por eso le cobro el veinte por ciento. No me mire así, señor Grotton; yo no he inventado el cine ni las agencias artísticas... y ni siquiera he inventado el sexo.

—Laméntelo entonces, porque no puede patentarlos.

—Es algo que está libre de derechos de patente —rió Hobstein—. ¿No necesita nada más de mí?

Grotton entendió que el agente daba la conversación por terminada y no quiso insistir.

—Le quedo muy agradecido —manifestó.

—He tenido mucho gusto en conocerle, joven. —Hobstein le apuntó con el cigarro—. Y, recuerde: no defraude a Cultverson o lo pasará mal.

—No dejaré de tenerlo en cuenta —se despidió el joven.

Salió de la agencia, extrañamente contento de las noticias que había recibido. Le agradaba el comportamiento de Sandra, pero, por otra parte, se daba cuenta de las dificultades que la muchacha podía tener para encontrar buenos papeles en el cine.

De todos modos, se dijo, tenía la impresión de que Sandra no

estaba cegada por el ansia de llegar a ser un día una estrella famosa. Y decidió tantearla, pero antes quería corroborar sus ideas sobre el particular.

* * *

Ted Ingalt recibió al joven en su despacho y le ofreció de beber. Grotton rechazó la invitación.

—Es demasiado pronto y, por otra parte, no siento una excesiva afición hacia el alcohol —dijo al día siguiente.

—Yo anestésico así mi úlcera —contestó Ingalt de buen humor—. Bien, amigo Mark, ¿qué le trae por aquí? ¿Tiene alguna queja de nosotros?

—La expresé en voz alta, aunque ya sé que la «Transmundial» no es culpable de la jugarreta que me hizo Bailey. Pero alguien me metió a viva fuerza en la bañera, sin darme tiempo a explicaciones...

—Sí, sí, lo sé. Un día de éstos le enviaré un trozo de la película que se rodó en aquellos momentos. Con sonido, claro.

Grotton rió entre dientes.

—Me verá ridículo —comentó.

—Bueno, podrá reírse con sus nietos. —Ingalt se llevó el vaso a la mesa y volvió a sentarse—. Bien, ¿en qué puedo servirle, muchacho?

—En primer lugar, quiero decirle que estoy a punto de firmar un contrato con la «Four Stars». Prácticamente, se puede dar por hecho, ya que he aceptado un anticipo. La oferta es muy buena, créame.

—¿Con quién ha hablado, si no es indiscreción?

—Con Cultverson. No conozco a nadie más de esa productora... En realidad, ni siquiera conocía a Cultverson. El me llamó, acudí, me hizo una proposición y acepté.

—No es mal tipo, pero tenga cuidado, muchacho.

—¿Por qué, señor Ingalt?

Hubo un instante de silencio. Ingalt bebió un trago y luego dijo:

—Puede que le pague bien, pero le exprimirá como un limón y luego, cuando ya no le sirva, lo tirará a la basura, quiero decir que le dará una patada en el trasero y se deshará de usted, con la misma

tranquilidad que se desharía de una mosca muerta.

—Bueno, si firmamos un contrato, tendrá que atenerse a él, le guste o no le guste. Ya le digo que me hizo una proposición y yo expresé ciertas condiciones, que él aceptó. No olvide usted que soy abogado.

—A pesar de todo, no se fíe, Mark.

—Me han dicho que tiene una palabra de granito —contestó el joven.

—¿Quién?

—Hobstein, el agente artístico. Ingalt hizo una mueca.

—Cuidado, los tipos como Hobstein, manchan. Usted pasa por su lado inmaculadamente vestido y, aunque no le haga nada, saldrá con un par de «lámparas» en el traje.

—Bien, ¿es que va a resultar que Cultverson es un granuja? —exclamó Grotton, muy sulfurado.

—Oh, no, en absoluto. Pero actúa como un capataz de esclavos y lo raro es que no use un látigo cuando trata con sus subordinados. Téngalo en cuenta, Mark.

—No me dejaré sorprender y, en todo caso, me atenderé escrupulosamente al contrato.

Y él también tendrá que respetarlo, se lo aseguro.

—Muy bien, joven, la decisión es suya. ¿Algo más?

—Sí, por favor. Dígame... ¿Qué perspectivas tiene Sandra Dunlare de llegar a ser algo en el cine?

—Le diré, Mark. Sandra es una chica preciosa, pero como ella hay centenares. Quizá, si encontrase un tipo caprichoso y con dinero, y ella cediese a determinados requerimientos, podría ser la estrella de alguna película. No garantizo que tuviera éxito, pero al menos conseguiría cierta fama. De otro modo...

Grotton vio en el rostro de Ingalt una expresión de amargo escepticismo, que le hacía dudar de todas las cosas de la vida. Era un hombre hastiado, que había visto de todo y que no tenía ya el menor sentimiento optimista.

—Es decir, Sandra, por ella misma, por sus dotes artísticas, no triunfará —dijo.

—Lamento tener que confirmar sus suposiciones, muchacho, pero es así. No le dé más vueltas.

—No, claro, y le agradezco mucho su opinión. —De pronto,

Grotton chasqueó los dedos—. Oiga, señor Ingalt, ¿sabe usted qué motivos podía tener Sally Shadd para matar a esos dos hombres?

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber el otro.

—Usted lo sabe muy bien: encontré el cadáver de Bailey. Sandra venía también conmigo... y siento cierta curiosidad sobre el tema.

—Sally fue siempre una mujer muy reservada —contestó Ingalt—. Si fue ella, debía de tener poderosos motivos para apretar el gatillo dos veces.

«Sabe algo, pero no quiere decirlo», pensó Grotton.

—Muchas gracias por todo —dijo, a la vez que se ponía en pie.

—Ah, una cosa, Mark; la productora ha desistido de modificar el guión de Bailey. Lo lamento...

—No importa —sonrió el joven—. Pero la película hubiera tenido una buena publicidad y usted conoce los motivos.

—Sally hizo más películas antes de ésta —respondió Ingalt—. Están poco menos que en el desván, pero volveremos a desempolvarlas.

—Un bonito negocio para la «Transmundial», ¿verdad? Ingalt hizo un gesto con las manos.

—Así es la vida, muchacho.

Grotton dio media vuelta. Cuando iba a salir, se abrió la puerta y entró un hombre.

—Hola, Ted... Ah, es usted, señor Grotton. Parece que nos encontramos por todas partes —sonrió Hoagey.

—Nos movemos en un círculo muy pequeño —respondió el joven.

—Sí, claro. ¿Resultó fructuosa su entrevista con Cultverson?

—¿Y la suya, señor Hoagey?

El recién llegado se echó a reír.

—No puedo quejarme —contestó. Grotton se volvió hacia Ingalt.

—Creí que el señor Hoagey tendría un contrato en exclusiva con ustedes —dijo.

—Tivvy se contrata solamente por una película. Actúa independientemente y si tiene tratos con la «Four Stars» no podemos impedirselo.

—Sobre todo, ahora que se ha suspendido el rodaje de la película de Bailey —añadió Hoagey.

—Sí, claro, comprendo. Adiós —finalizó Grotton.

—Te invito a cenar —dijo el joven más tarde por teléfono.

—Acepto encantada —respondió Sandra—. ¿Hora?

—Pasaré a buscarte. Además, tengo que hacerte una proposición. Honesta, por supuesto.

Sandra rió alegremente.

—Eres un chico encantador —dijo—. Estaré preparada, Mark.

—A las siete y media en punto, por favor.

—De acuerdo.

Sandra fue puntual. Grotton decidió esperarla en la acera y abrió la portezuela de su coche cuando salió de la casa. Al cabo de unos momentos, inició el diálogo:

—Sandra, quiero que sepas una cosa. He estado hablando con Hobstein e Ingalt. La verdad, no son buenas noticias las que tengo que darte.

—Hace algún tiempo que estoy acostumbrada a lo que, antiguamente, se denominaba «reveses de la fortuna» —respondió ella—. Suéltalo de una vez, por favor.

—Muy bien. Lo cierto es que no tienes perspectivas de llegar a ser una «estrella». Sé que te sentirás herida en tu amor propio; a nadie le gusta que le hagan vaticinios desagradables sobre su futuro. Siempre pensamos que valemos algo más de lo que los otros creen, ¿comprendes?

—Perfectamente, Mark. ¿Qué otras cosas te han dicho de mí?

—En otros aspectos, tu reputación es inmejorable, Sandra, de lo cual me felicito, como te puedes imaginar.

—Sin embargo, tuve que meterme en una bañera contigo, medio desnuda.

—Es cierto.

—¿Sabes por qué lo hice?

—Dímelo, te lo ruego.

—En ese momento, no tenía siquiera para pagarme una hamburguesa.

—Lo siento de veras. Pero, Sandra, si tú quieres, se han acabado tus problemas económicos.

—¿De veras? —Ella se volvió en el asiento—. Cuéntame, anda.

—Cultverson, de la «Four Stars», me ha ofrecido un magnífico

contrato como guionista. Una de las condiciones que he impuesto es que no quiero dejar la profesión. Es decir, deseo seguir actuando como abogado.

—Te felicito sinceramente, Mark. ¿Qué más?

—¿Qué estudios tienes, Sandra?

—Oh, la secundaria completa, dos años de Universidad... Económicas, aunque no acabé la carrera. Las cosas fueron mal en la familia y tuve que ponerme a trabajar. Con el resultado que has podido apreciar —respondió ella amargamente.

—Sandra, ahora necesitaré una secretaria. Si no estás interesada en ser una «estrella» de cine, puedo ofrecerte un salario de setecientos cincuenta dólares mensuales. Voy a tener bastante trabajo a partir de este momento y... Bien, me disgustaría emplear a alguien a quien no conozco.

—Mark, ¿has dicho setecientos cincuenta mensuales?

—Puedo hacerte un anticipo, si lo necesitas —añadió él—. Pero no necesitas contestarme ahora mismo. Tómate un par de días, habla con Hobstein y con Ingalt. Sopesa bien tus posibilidades y luego toma una decisión. Sea la que fuere, continuaré siendo tu amigo.

Sandra sonrió.

—Creo que no necesito pensármelo demasiado —dijo—. Mark, estoy dispuesta... La muchacha calló de pronto.

El automóvil se había detenido ante un semáforo en rojo. Grotton vio que los ojos de Sandra estaban enormemente dilatados, como si vieran algo asombroso.

Antes de que pudiera preguntarle qué le sucedía, Sandra lanzó un agudo grito:

—¡Sally Shadd!

CAPÍTULO V

Grotton volvió la cabeza y divisó otro coche parado junto al suyo, conducido por una hermosa rubia, quien no parecía haberse dado cuenta de haber sido vista por alguien que la conocía. Pero Sandra volvió a repetir el grito y la conductora volvió la cabeza.

El semáforo se puso en color verde. Sally Shadd pisó el acelerador a fondo y el coche arrancó brutalmente, con un agudo aullido de los neumáticos. El joven exclamó:

—¡Voy a seguirla, Sandra!

Dio gas y el coche se puso en movimiento. El de Sally estaba ya a unos cien metros de distancia.

Durante unos momentos, los dos coches mantuvieron la distancia. Grotton no pudo por menos de lanzar una rotunda exclamación:

—Esa mujer se ha vuelto loca. Va a estrellarse en el momento menos pensado...

Grotton se preguntó cómo era posible que una mujer acusada de dos asesinatos y de la que hacía días no se sabía nada, tuviera la desfachatez de mostrarse en público. Sin apartar la vista del coche que les precedía, hizo una indicación a la muchacha.

—Sandra, toma nota del automóvil de Sally.

—No es necesario —respondió ella—. Conozco bien su automóvil. Es un «Porsche»... Grotton lanzó un gemido.

—Se nos escapará —dijo.

El coche de Grotton tenía ya tres años de antigüedad y no podía compararse ni remotamente con el de Sally. Momentos después, llegaban a un área más despejada y el «Porsche» aceleró como si fuese un avión a punto de despegar.

Repentinamente, se oyó una sirena que sonaba tras ellos.

Grotton frustrado, dio un golpe al volante.

—Lo que nos faltaba —masculló—. ¡La policía!

Miró por el retrovisor y vio los destellos de las luces del techo y los faros encendidos del automóvil de patrulla. Resignado, quitó gas, aplicó el freno y se acercó a la acera.

El coche de la policía se detuvo instantes después, con gran chirrido de frenos. Un agente salió fuera, con la libreta preparada.

—Estamos en una avenida urbana, no es un circuito de un Gran Premio, señor —dijo el agente.

—Lo siento —respondió Grotton—. Íbamos detrás de Sally Shadd. El policía respingó.

—Usted está de broma...

—Es cierto, agente —gritó Sandra, cruzándose casi encima del joven—. Yo trabajo en los estudios de la «Transmundial» y la he doblado en algunas escenas. La conozco muy bien, le aseguro que no puedo equivocarme. Se detuvo en un semáforo, junto a nosotros. Pude verla perfectamente... Su coche es un «Porsche» de color verde claro, metalizado... El policía se dio cuenta de que la pareja hablaba en serio y se volvió a su compañero.

—Llama a la Central, Gus —ordenó—. Estos señores han visto a Sally Shadd, la asesina. Informa de que tripula un «Porsche» verde claro metalizado. Señorita, ¿sabe la matrícula?

—No, desde luego. Pero era ella; el señor Grotton también la vio.

—Nunca he hablado con Sally Shadd, aunque he visto algunas películas suyas —declaró el joven.

—Muy bien, no se muevan de aquí, por favor.

El policía se acercó a su coche y aguardó a que su compañero obtuviera respuesta. Luego volvió al otro coche.

—De acuerdo, no les impondré multa, pero me indican les pida sus nombres y dirección —manifestó.

—Es muy justo —aceptó Grotton.

* * *

El automóvil se acercó a la acera y se detuvo. El conductor cerró el contacto, apagó las luces y abrió la portezuela.

Larry Hobstein suspiró. El día había sido muy movido. Estaba

deseando llegar a su casa, ponerse zapatillas y sentarse con el periódico en las manos y una buena dosis de *whisky* al alcance de la mano. Le habían invitado a una cena, pero había declinado la asistencia, porque no sentía deseos de ver algunas caras que no le resultaban simpáticas.

El cigarro que sostenía con los dientes estaba casi consumido y lo tiró al suelo. A su mujer no le gustaba el olor del tabaco fuerte. En casa tenía que fumar cigarrillos. Hobstein amaba a su esposa.

De pronto, oyó ruido de tacones femeninos en las inmediaciones. Una mujer se acercaba por la acera. La curiosidad profesional le hizo volver la cabeza.

La luz de un farol dio de lleno en el rostro de la mujer. Los ojos de Hobstein se desorbitaron.

—¡Cielos, es...!

La mujer se acercó sonriendo. De pronto, abrió el bolso, sacó el revólver y, sin más, disparó dos veces.

Hobstein chilló y manoteó frenéticamente mientras caía de espaldas sobre la acera. Los estampidos resonaron con fuerza en la quietud de aquel apacible barrio residencial.

La señora Hobstein oyó los disparos y se asomó a la ventana. Desde allí, pudo divisar a una mujer que corría a toda velocidad, desapareciendo en contados segundos de su vista. Luego vio un cuerpo tendido en el suelo y sintió una especie de golpe en el corazón.

—¡Larry! —gritó desgarradoramente.

Salió de la casa y corrió hacia su marido. Hobstein respiraba todavía.

—Larry, Larry... ¿qué te han hecho? —gimió la mujer.

—Ha sido... Sally Shadd... —dijo Hobstein, con apenas un soplo de voz. Casi en el acto, su cabeza se dobló a un lado.

La señora Hobstein lanzó un estridente chillido al ver la sangre que brotaba impetuosamente de la boca de su esposo.

Todavía chillaba, fuera de sí, cuando llegaron los primeros policías.

* * *

—De modo que aceptas el empleo —dijo Grotton, cuando

estaban a punto de terminar la cena.

—No puedo desaprovechar esta ocasión —sonrió la muchacha—. Francamente, entré en esto del cine, porque había ciertas posibilidades y, la verdad, no me agradaba trabajar como camarera en alguna cafetería. Demasiado sabía que no podía llegar a ser alguien en el cine, Mark. Prefiero aceptar el empleo que me ofreces.

—Gracias. Espero que no llegues a tener quejas de mí, Sandra.

—Y yo confío en que mi trabajo te resulte útil.

Un camarero retiró los platos y trajo los helados del postre. Grotton meneó la cabeza de repente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sandra.

—Estaba pensando en Sally... ¿Cómo puede una mujer como ella convertirse en asesina? He visto algunas de sus películas y me pareció una mujer de gran vitalidad, exuberante, pero también dulce y sensitiva. No acabo de comprender cómo ha podido convertirse en una sanguinaria asesina.

—Mark, sospecho que tú no conocías a Sally —dijo la muchacha.

—Tú, sí, por lo visto.

—Tuve algún trato con ella. Oh, no era demasiado orgullosa, pero sí le vi algunos detalles que no me gustaron. Escuché algunas respuestas desabridas, presencié un par de pequeños escándalos en el estudio... No era la mujer alegre y extrovertida que aparecía en la pantalla. Y tenía muy poco de dulce y sensitiva, créeme.

—Bueno, a pesar de todo...

Un hombre se acercó de pronto a la mesa.

—Señor Grotton... Señorita Dunlare...

Grotton y Sandra se volvieron hacia el desconocido. Éste sacó una placa y añadió:

—Sargento Keston, de Homicidios —se presentó—. ¿Puedo hablar con ustedes?

—Claro, no faltaría más —accedió el joven—. Siéntese, sargento; y si tiene sed, pida algo de beber.

—Gracias, pero no tengo sed —sonrió Keston—. Ustedes son los que han visto hoy a Sally Shadd.

—En efecto —confirmó Sandra—. Yo la conozco muy bien, al menos, fisonómicamente. En otros aspectos, no podría decir tanto, pero he trabajado con ella en los estudios.

—Y yo he visto algunas de sus películas —añadió el joven.

—Muy bien —dijo Keston—. Ya sé que no podemos dudar de sus apreciaciones visuales. Damos por sentado que han visto a Sally Shadd. Y confieso sinceramente que es una lástima que no pudieran seguirla.

—Nos detuvo una patrulla... El «Porsche» iba delante de nosotros —se quejó el joven—. ¿Por qué no lo siguieron sus hombres?

Keston hizo una mueca.

—Ustedes eran más... accesibles. Además, pensaban dar la alarma sobre el «Porsche»... Pero esto es lo de menos, ahora. Sobre todo, usted, señorita Dunlare, que dice haber trabajado con Sally Shadd. ¿Tiene alguna idea de dónde puede hallarse escondida?

—Sargento, mi trato con Sally se limitaba a lo estrictamente profesional —respondió Sandra—. Oh, no digo que, en ocasiones, charlásemos de temas distintos al cine, pero siempre fueron diálogos muy cortos. Y Sally vivía en un lugar al que una chica como yo no suele tener acceso normalmente. Nunca me invitó a su casa y sólo sabía de su vida privada lo que cuentan los periódicos y las revistas de chismes.

—Sally posee una casa en Benedict Canyon y otra en Malibú. En ninguna de las dos está, desde luego. Tampoco se aloja en ningún hotel, de mucha o poca categoría. En suma, estamos desconcertados.

Sandra puso los codos sobre la mesa.

—Sargento, ¿están seguros de que Sally es la asesina?

—Sí, por varias razones —respondió Keston—. Una de ellas es que Gorov, el productor, vivió lo suficiente para dar el nombre de la persona que había disparado contra él. Otra razón, no menos importante, es que se ha demostrado que las balas que mataron a Gorov y a Bailey salieron de un revólver propiedad de Sally Shadd, y registrado debidamente en la policía. En fin, su desaparición, tras el primer asesinato...

—Perdone, sargento —intervino Grotton—. Soy abogado y aunque no actúo en causas criminales, algo entiendo del asunto. Admito que el revólver homicida pertenezca a Sally, pero ¿cómo saben que las balas encontradas en los cadáveres salieron de esa arma? ¿La había disparado Sally antes en alguna ocasión?

—En efecto, así fue. Cierta día, creyó ver a un ladrón en el jardín de su casa y trató de ahuyentarlo a tiros. Los agentes que investigaron el hecho, encontraron dos impactos en el tronco de una palmera. Extrajeron las balas, las llevaron al laboratorio, se archivaron y...

—Una explicación completamente lógica, sargento —aceptó el joven—. Disculpe mis objeciones.

—Oh, no tiene importancia. Señorita Dunlare, ¿sabe usted si Sally podía tener algún motivo contra los hombres a quienes asesinó?

—Nunca me habló de ellos —contestó Sandra—. Bueno, en un par de ocasiones hicimos algún comentario... Pero sin trascendencia y sin que ella me dijera nada importante. Ya sabe lo que suele decir cuando se comenta algo sobre un personaje de relieve: o se le elogia o se le llama algo gordo, pero nada más. No vi que pudiera estar resentida con esos dos hombres.

—Tres, señorita —puntualizó Keston.

—¿Tres? —se extrañó Grotton—. Si no cuento mal, Gorov y Bailey son dos...

—Larry Hobstein es el número tres...

Sandra tenía la cucharilla en la mano y se le escapó de unos dedos repentinamente sin fuerza. El metal tintineó musicalmente al chocar contra el plato.

—¿Ha dicho Hobstein, sargento? —exclamó Grotton al cabo de unos segundos.

—No hace ni media hora que ha muerto. Ustedes dijeron a los patrulleros que vendrían a cenar aquí. Mi jefe, el teniente Casado, me envió para interrogarles. Pero puedo afirmarles una cosa: también Hobstein pudo hablar antes de morir y reconoció perfectamente a Sally.

Sandra escondió la cara en las manos.

—No puedo creerlo —exclamó—. Sally podía tener muchos defectos y, en ocasiones, resultaba incluso antipática. Pero no era tampoco una mujer absolutamente intratable... Me cuesta un trabajo enorme imaginármela como una sanguinaria asesina, matando a la gente fríamente, sin sentir remordimientos...

—La comprendo a usted, señorita —dijo Keston gravemente—. Sin embargo, los hechos parecen confirmar todas las suposiciones

sobre el caso.

—Nosotros desearíamos ayudarles, sargento —manifestó Grotton—. Pero creo que no podemos hacer más.

—Agradecemos su colaboración, señor Y si conocen o recuerdan algún detalle que estimen pueda interesarnos, no dejen de comunicarlo cuanto antes.

Keston se marchó y ellos se quedaron solos. Al cabo de unos momentos, Grotton llamó al camarero para pedirle la cuenta.

—Te acompañaré a tu casa, Sandra —dijo.

La muchacha parecía muy afectada. Durante el camino de vuelta, permaneció silenciosa, hasta los últimos momentos.

—Mark, ¿por qué ha tenido que cometer Sally esos crímenes? —exclamó bruscamente.

—No lo sé, aunque es indudable que deben de existir motivos muy importantes. Quiero decir que Sally debía de odiar a esos tres hombres lo suficiente como para desearles la muerte y hacerlo por sí misma. Pero quizá tú sepas algo más sobre ese tema aunque no lo recuerdes por ahora.

—No, ya te dije que Sally y yo no fuimos íntimas ni mucho menos, ni jamás me contó nada de sus problemas particulares. Sencillamente, ignoro en absoluto por qué ha tenido que cometer esos tres asesinatos.

Grotton se quedó silencioso. No sabía qué decir y, en todo caso, pensó, que resolver el enigma era asunto de la policía.

CAPÍTULO VI

Durante algunos días, Grotton se dedicó plenamente a su trabajo, además de instruir a Sandra en las tareas que debía realizar. El estruendo causado por los tres asesinatos parecía haber amainado un tanto, aunque los periódicos continuaban haciendo especulaciones sobre el asunto y el paradero de Sally Shadd, a quien la policía continuaba buscando con todo ahínco, aunque sin obtener el menor resultado práctico.

Sally parecía haberse escondido bajo miles de metros de tierra. Nadie sabía de su paradero y había la menor pista que pudiera dar con ella. Grotton sumido en su trabajo, empezó a despreocuparse del caso.

Una semana más tarde, Sandra le anunció la visita de una tal Effie Sullivan. Momentos después, Grotton tenía ante sí a una mujer de unos treinta y cinco años, alta, rubia platino, de formas exuberantes y rostro exageradamente maquillado. El aspecto era de una mujer con gran experiencia en la vida y Grotton empezó a pensar que la fuente de ingresos de la visitante provenía de las atenciones que muchos hombres debían de tener con ella.

En parte, estaba equivocado.

—Soy artista de cine, aunque nunca he llegado a la cumbre ni mucho menos. Pero ahora que podía llegar a ser algo, me han cancelado el contrato y voy a perder medio millón de dólares. Por eso quiero que me defienda usted en la demanda que pienso entablar contra la «Four Stars» —declaró Effie Sullivan.

Grotton dio un respingo al escuchar aquel nombre.

—Señorita Sullivan, temo que deberá buscar a otro abogado para que la defienda. No sería ético que yo tratase de perjudicar a una productora, con la cual he firmado un contrato muy

recientemente. Aunque no dudo de la justicia de su reclamación, creo que no...

—¿Por qué no intenta, al menos, sondear a la productora? Hágalo y si la respuesta que obtiene no le resulta satisfactoria, buscaré a otro abogado.

—Aun así, para entablar una reclamación de semejante cuantía, debería usted tener algunos documentos...

Effie abrió su bolso y sacó unos papeles, que puso en las manos del joven.

—Son fotocopias. Estúdielas y luego obre según su conciencia.

—Effie dejó también sobre la mesa una perfumada tarjeta de visita —. Mi dirección y teléfono, abogado.

—Está bien, haré lo que pueda, aunque no le prometo nada ni tampoco debe considerar que he aceptado el compromiso. Esta entrevista es una simple consulta, de la que se puede derivar tanto una aceptación del caso como una negación. Quiero que esto quede bien claro, «miss» Sullivan.

Effie sonrió, a la vez que le tendía una mano enguantada.

—Estoy segura de que usted actuará con arreglo a su conciencia.

Sandra entró en el despacho, después de que se hubo marchado la visitante.

—¡Uf, habrá que fumigar esta habitación! —comentó irónicamente—. La contaminación ambiental no siempre procede de los escapes de los coches o las chimeneas de las fábricas.

—Sí, a la señorita Sullivan le gusta ir intensamente perfumada. Bueno, me ha metido en un aprieto y no sé cómo lo voy a resolver...

Grotton explicó a la muchacha lo que ocurría. Sandra alzó las cejas.

—En todo caso, tendrías que defender a la «Four Stars» y no atacarla —dijo. Grotton blandió las fotocopias que le había dado Effie.

—Por el momento, la razón parece estar de lado de Effie —dijo—. Pero, de todos modos, pronto vamos a salir de dudas. Llama a la «Four Stars» y pide que te pongan en contacto con Cultverson. No hace falta que hable con él directamente; simplemente, pídele una entrevista para mañana.

—Muy bien, Mark.

Al cabo de unos momentos, Sandra se volvió hacia el joven.

—Cultverson te recibirá mañana, a las once en punto. Luego iréis juntos al aeropuerto...

—¿Para qué? —se extrañó el joven.

—El presidente de la compañía llega mañana, procedente del Este, y quiere que lo conozcas personalmente. Le ha hablado muy bien de ti y el presidente también tiene un gran interés en conocerte. Almorzaréis juntos en el «Summit», ¿sabes?

—Parece que me estoy introduciendo en el gran mundo —sonrió Grotton.

—Eso no es malo, si no se te suben los humos a la cabeza —dijo Sandra.

—Procuraré ser siempre el mismo —respondió el joven.

* * *

Los ojos perspicaces de Cultverson estudiaron unos momentos los documentos fotocopiados que le había entregado el joven. Al fin, alzó su vista y esbozó una sonrisa.

—Agradezco que haya venido a verme —dijo—. El caso es que yo poseo documentos que invalidan por completo los que usted me ha entregado. No querría mostrarlos, a menos que fuese absolutamente necesario y, por supuesto, ante un tribunal. Pero en la «Four Stars» nunca nos ha gustado llevar las cosas a límites extremos, a no ser que el adversario nos obligue a ello. Conozco un poco a Effie Sullivan y sé lo que pretende. Por supuesto, si nos presentara pleito, la publicidad no nos beneficiaría en absoluto. Pero ella, puedo garantizárselo, no cobraría un céntimo.

—Debe de estar usted muy seguro para afirmar una cosa semejante —dijo el joven.

—Conozco las leyes, aunque no sea abogado. Y también conozco un poco a esa pájara. Bien, vaya a verla y dígame que acepte cincuenta mil dólares, pero tendrá que dar los originales de estos documentos. Si no acepta, bueno, que plantee la demanda en debida forma.

—Siento mucho lo ocurrido. Si la cosa llegase a los tribunales, por supuesto, yo no defendería a «miss» Sullivan. He hecho esta gestión, simplemente, porque me la pidió ella y sin ulteriores

compromisos.

—Gracias, muchacho. Bien, tengo el coche preparado. ¿Qué tal si vamos al aeropuerto a recibir al presidente? El señor Castleberry tiene un gran interés en conocerle a usted y creo que este encuentro puede resultarle muy beneficioso.

—Espero que el beneficio sea para las dos partes —respondió el joven.

El coche que aguardaba era un «Rolls-Royce» impresionante, conducido por un majestuoso chófer de color. Cultverson y Grotton se sentaron en el compartimento posterior y el automóvil partió de inmediato, rápida y silenciosamente.

Al cabo de unos momentos, la conversación derivó hacia un tema que parecía olvidado.

—Mark, muchacho, ¿qué opina usted del caso Shadd? —preguntó Cultverson. Grotton, sorprendido, tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Puede creerse que ella sea una asesina? —dijo al cabo.

—¿Por qué no? Han existido mujeres que han matado a muchas más personas que Sally.

—No lo dudo, aunque debiéramos considerar el caso en su natural perspectiva y no comparándolo con otros que se hayan producido en otras épocas.

—Todos los indicios apuntan a Sally, de eso no hay duda, al menos, según se desprende de las declaraciones de los policías encargados del caso. Ahora bien, hay dos puntos que a mí me intrigan sobremanera.

—¿Sí?

—Primero, cuando usted y la chica que le acompañaba se encontraron con Sally, ésta escapó a toda velocidad. Los informes que yo tengo es que se trataba de una mujer muy poco experta en el manejo de automóviles. No concibo cómo Sally pudo huir a ciento cincuenta por hora o más.

—La experiencia se adquiere con la práctica. Y el paso del tiempo, señor.

—Desde luego, pero, aun así, continuó estando extrañado por esa circunstancia. Otra cosa, según declaró la viuda de Hobstein, Sally huyó a todo correr después de matar a su esposo...

—Es lo lógico —dijo Grotton.

—Sally tenía un porte distinguido y se movía con aire lleno de majestuosidad. Pero no hubiera alcanzado a una tortuga en fuga.

—Las circunstancias cambian, según los hechos —alegó Grotton.

—Sí, ha tenido que ser ella —suspiró Cultverson—. Maldita mujer, ¿por qué le tuvo que dar de repente la locura de ponerse a sembrar de cadáveres las calles de la ciudad? Nosotros estábamos a punto de firmar un gran contrato con Sally...

Cultverson se calló de pronto y el joven no quiso insistir más sobre el particular. La conversación cambió de tema y así continuaron hasta llegar al aeropuerto.

—El avión tardará todavía unos diez minutos en llegar —dijo el primero, tras consultar su reloj—. ¿Le parece bien que nos tomemos un trago?

—Sí, desde luego.

El coche se había detenido junto a la entrada y Cultverson después de apearse, se dispuso a caminar hacia el bar. Grotton se quedó rezagado, con la vista fija en algo que le había dejado petrificado.

* * *

Durante unos momentos, permaneció inmóvil, contemplando el coche de color verde claro, metalizado, situado en la zona de estacionamiento, a menos de treinta metros de distancia. Luego, de súbito, echó a correr en busca de una cabina telefónica.

Marcó un número nerviosamente. Casi a gritos, dijo:

—¡Señorita, esto es muy urgente! Póngame en el acto con el sargento Keston. Soy Grotton, abogado, él me conoce... Rápido por favor...

La voz de Keston sonó instantes después en los oídos del joven.

—Señor Grotton, ¿qué sucede? No se ponga nervioso, mantenga la calma...

—Sargento, le parecerá increíble, pero tengo a la vista el «Porsche» de Sally Shadd. Estoy en el aeropuerto, fuera, en una cabina telefónica, a menos de treinta metros de distancia.

—¿Puede ver la matrícula? Quizá se trata de otro coche idéntico, abogado.

—Dígamela y le contestaré de inmediato.

Keston tardó algunos segundos en dar su respuesta. Cuando, al fin. Grotton supo el dato, exclamó:

—¡No cabe la menor duda! Es el coche de Sally, sargento.

—Está bien —dijo Keston—. No se mueva de ahí; ahora mismo avisaré por radio... Bruscamente, Grotton lanzó un agudo grito:

—¡Sargento, alguien se acerca al «Porsche»! Parece que quiere llevárselo...

Grotton tiró el teléfono sobre la horquilla, abrió la puerta y salió disparado de la cabina. En el mismo instante, oyó el rugido del motor del «Porsche» que su conductor acababa de poner en funcionamiento.

Grotton miró desesperadamente en todas direcciones. El hombre se le iba a escapar. Tal vez, pensó, era un simple ladrón, pero también podía tratarse de un cómplice de Sally. De repente, vio una furgoneta de transporte que se disponía a estacionar en las inmediaciones.

El «Porsche» arrancaba con suavidad, debido a los obstáculos que representaban los otros automóviles. Grotton corrió unos cuantos metros, saltó al estribo de la furgoneta y, antes de que el sorprendido conductor pudiera evitarlo, hizo girar el volante completamente hacia la izquierda.

—Pero ¿qué hace? —gritó el hombre, furiosamente—. ¿Se ha vuelto loco, amigo?

Grotton saltó al suelo un segundo antes de que el morro del «Porsche» chocara contra el costado de la furgoneta. El hombre que tripulaba el coche verde sacó un colérico puño por la ventanilla.

—¡Quite de ahí su maldita furgoneta! —bramó—. Me ha destrozado el morro de mi coche...

Grotton no le dejó continuar. Llegó junto al automóvil, abrió la portezuela y, agarrando por un brazo al conductor, tiró de él hasta sacarlo fuera.

El sujeto intentó resistirse. Grotton disparó su puño derecho, alcanzándolo en la mandíbula, y lo derribó sin sentido. El conductor de la furgoneta pensó que tenía que habérselas con un demente y trató de escapar, pero un coche patrulla que llegó en aquel momento, con estridente chirrido de frenos, le cortó el paso.

Dos policías se apearon de inmediato. Uno de ellos encañonó al joven con su revólver.

—¡Alto, policía! —gritó—. Levante las manos y no se mueva.

Grotton obedeció en el acto.

—No pretendo resistirme —dijo—. Pero ¿no han recibido ustedes una llamada de radio de la Central?

En aquel instante, se oyó el aullido de una sirena. Otro coche de policía llegó a toda velocidad. Sus ocupantes corrieron de inmediato hacia aquel lugar.

—Aquí está el «Porsche» —gritó uno de ellos.

—Soy Grotton, abogado —dijo el joven—. He avisado al sargento Reston sobre este «Porsche». El hombre que pretendía llevárselo está ahí, sin sentido.

—Oiga, ese maldito coche me ha hecho un bollo en la furgoneta —gritó el otro conductor—. ¿Quién diablos me pagará los desperfectos?

—Reclame a su compañía de seguros —respondió uno de los agentes malhumoradamente—. Señor Grotton —se dirigió al joven—, ¿está seguro de que este hombre quería llevarse el coche de Sally Shadd?

—Absolutamente —respondió Grotton con gran énfasis.

—Muy bien, llevaremos a este tipo a Jefatura y el sargento Reston se encargará... Otro policía se acercó en aquel instante.

—Hay que llevar al detenido a las dependencias de la comisaría del aeropuerto. El sargento Keston viene para acá.

Cultverson se acercó al joven.

—Mark, muchacho, el avión de nuestro presidente ha aterrizado ya —dijo, conteniendo difícilmente la irritación que sentía.

Grotton tenía la mirada fija en el conductor del «Porsche», quien, todavía aturdido, estaba en pie sostenido por dos guardias.

—Excúseme ante el presidente, señor Cultverson —respondió—. Van a interrogar a ese sujeto y por nada del mundo me perdería ese interrogatorio.

CAPÍTULO VII

—Parece que ayer tuviste un día muy movido —observó Sandra a la mañana siguiente, con cierta ironía en la voz.

—No me puedo quejar —sonrió él—. Has leído los periódicos, supongo.

—Sí, aunque me imagino que no publican todos los detalles del caso. Tú sí sabes algo más, ¿verdad?

—Desde luego. El conductor del «Porsche» es un delincuente de poca monta, llamado Spotty Meeher, a quien alguien le encargó retirar el coche del aeropuerto y llevarlo a determinada dirección, mediante una recompensa de doscientos dólares. La policía acudió al lugar donde debía ser llevado el «Porsche», pero no encontraron otra cosa que un almacén vacío y abandonado hace mucho tiempo.

—Meeher, sin duda, sabrá quién le encargó ese trabajo —manifestó la muchacha.

—Sally Shadd.

Sandra apretó los labios.

—¿Seguro, Mark?

—Keston le enseñó fotografías de la actriz. Por otra parte, Meeher la conocía bien, por haberla visto en el cine. No hay dudas sobre el particular, Sandra.

Ella alzó las manos un instante.

—Mark, no nos precipitemos —dijo—. Hay algo extraño en todo esto, y lo primero de todo es que no comprendo cómo Sally pudo relacionarse con el hampón. Ya te dije que no era una mujer inaccesible, pero tampoco otorgaba su confianza al primero que se le acercaba. Simplemente, no la concibo relacionándose con delincuentes de baja estofa, como Meeher.

—Pues así fue, aunque te parezca extraño, Sandra.

—Puede que sea como dices, pero yo no estoy aún plenamente convencida. Otra cosa, ¿cómo no denunció Meeher a Sally, si la había visto cuando le encargó retirar el coche del aeropuerto?

—Bueno, ya sabes lo que pasa en estos casos. A Meeher, la justicia le tiene sin cuidado. No le importa en absoluto si Sally ha matado a tres o trescientas personas. Le dieron doscientos dólares y no quiso saber más.

—¿Cuándo se los dio? ¿Dónde, Mark?

—Sally lo encontró cuando salía de una taberna llamada «El Pato Tonto», en...

—Una vez fui a esa taberna, con unos amigos, que querían ver «color local». Es un verdadero antro y no me imagino a Sally buscando un cómplice en un sitio semejante.

—¿Por qué no? Hemos de tener en cuenta su situación actual. De repente, ha decidido asesinar a varias personas. Necesita algún tipo de ayuda y no le importa quién se la preste ni el lugar en dónde pueda encontrar a ese colaborador. En las circunstancias actuales, Sally tiene que dar de lado todos sus prejuicios.

—De acuerdo. Admitámoslo, Mark. Pero hay algo también muy extraño. Sally tiene que saber, a la fuerza, que la persiguen. ¿Cómo puede ser tan tonta, que se muestra sin más a un tipo al que no conoce y que acaso la denuncie...?

—Sally vestía muy sencillamente, no llevaba maquillaje y se cubría los ojos con unas grandes gafas de color.

—¿Y aun así, la reconoció Meeher? —se asombró la muchacha.

—A Meeher le pareció una cara conocida y así lo dijo a Sally. Ella no lo negó, aunque tampoco lo admitió. Pero Meeher dio por sentado que se trataba de Sally y esto es lo que ha declarado a la policía.

Sandra lanzó un gran suspiro.

—Bien, es posible que yo esté equivocada —sonrió—. Mark, ¿qué pasó con tu almuerzo y los grandes bonzos de la «Four Stars»?

—Pues lo que iba a ser almuerzo se convirtió en cena y fue una velada muy agradable —contestó el joven—. Parece que he entrado con buen pie en la «Four Stars». Al presidente le agradó mi espíritu emprendedor, etcétera, etcétera... Y Cultverson no tuvo otro remedio que poner buena cara. Luego se ablandó, naturalmente...

Grotton consultó su reloj.

—Ah, Sandra, llama a Effie Sullivan —agregó—. Dile que tengo la respuesta a su caso y que te fije una hora para visitarla personalmente.

—Muy bien, Mark.

Momentos después, se volvió hacia el joven.

—Effie te recibirá a las cuatro en punto de la tarde —informó.

* * *

—De modo que ese viejo buitre sólo quiere pagarme la décima parte de lo que realmente debo percibir —dijo Effie, después de conocer la respuesta de Cultverson.

—Así es y, según parece, y diciéndolo con palabras vulgares, ese viejo buitre tiene la sartén por el mango. Ahora, la decisión es suya, «miss» Sullivan.

Hubo un instante de silencio. Luego, inesperadamente, Effie rompió a reír. Grotton la miró con asombro.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. Esperaba un torrente de imprecaciones, una sarta de amenazas...

—Nada de eso, Mark —contestó Effie—. Cultverson ha hecho, simplemente, lo que yo esperaba. ¿Quiere que le diga una cosa?

—Se lo agradeceré.

—Yo no podía pedirle un millón a Cultverson, porque habría aceptado el riesgo de una demanda judicial. Por eso le pedí medio millón, sabiendo que me daría la décima parte. Silvanus es muy listo, pero yo no soy tonta. ¿Lo entiende ahora?

—Entonces puedo decirle que acepta.

—¡De mil amores! —contestó Effie—. ¿Me permite que le invite a un trago para celebrarlo?

—No puedo negarme —sonrió Grotton.

Effie preparó las bebidas. Grotton apreció la indumentaria que se había puesto para recibirle, un conjunto de prendas negras y rojas, con grandes espacios libres en lugares estratégicos. Era, realmente, una mujer de gran atractivo físico y ella, además, lo sabía, pensó.

—Bien, ahora tiene que pasarme su minuta de honorarios —dijo Effie, después de ponerle una copa en la mano.

—Ha sido un trabajo muy sencillo. No vale la pena, señorita

Sullivan.

—¿Y si yo, a pesar de todo, insistiera en pagarle? Grotton levantó la copa.

—Ya he cobrado —sonrió.

—No, no has cobrado —dijo ella repentinamente.

Grotton se encontró de pronto con Effie sentada en sus rodillas. Ella pasó un brazo por su cuello y le acercó al rostro un escote cálido y perfumado.

—¿No quieres cobrar? —dijo, con acento terriblemente incitante.

—Me siento un hombre débil, sin fuerzas... Creo que voy a ceder, Effie. Buscó la boca de la mujer y ella correspondió voraz, ansiosamente.

* * *

De repente, en la penumbra del dormitorio, Grotton hizo una pregunta:

—Effie, ¿qué opinas tú de Sally Shadd?

Ella se incorporó sobre un codo y paseó el índice por el musculado torso del joven.

—¿Te interesa el caso?

—Moderadamente, Effie.

—Sally tenía motivos más que sobrados para haberse cargado a esos tres tipos.

—¿Sí?

—Yo sé algo sobre el particular, pero conozco a alguien que podría darte más detalles, si de veras estás interesado en el asunto.

—¿Quién es esa persona, Effie?

—Amanda Boles, la «script». Hubo un tiempo en que Sally y Amanda fueron íntimas.

Sally progresó, pero Amanda se quedó en su puesto actual.

—Tú también eras amiga de las dos, a lo que parece.

—Psé... No mucho. Pero, insisto, Amanda tiene que saber algo. Desde luego, Gorov, el productor, le hizo una vez una mala pasada a Sally. Ella quería un papel muy importante en una película que ha sido un éxito enorme, pero Gorov se lo dio a otra. Y sé que esto es algo que Sally no le perdonó nunca. Ahora era una artista bastante

buenas, pero no tenía aún el nombre que arrastra a los públicos, cualquiera que sea el argumento del filme. Lo entiendes, supongo.

—En cambio, la otra artista, cuyo nombre no voy a citar, sí ha llegado a ese punto dulce que todas deseáramos alcanzar. Ahora se la disputan las grandes productoras, las que de verdad dominan el negocio del cine, y esto es algo que Sally quiso alcanzar y le fue negado por Gorov. Respecto a los otros dos, Amanda, insisto, te diré más cosas, si es que continuas teniendo interés en el caso.

—Iré a verla —respondió Grotton—. ¿Tienes su dirección? Effie se inclinó sobre él y le mordisqueó en el labio.

—Luego te la daré —susurró—. Tu factura sigue incompleta, Mark... Grotton dejó a un lado el cigarrillo que estaba fumando.

—Vamos a darle los últimos toques —sonrió.

* * *

Cuando llegó a la dirección señalada por Effie, Grotton se preguntó por qué hacía algo que, en realidad, no le correspondía.

Interrogar a Amanda era cosa que competía al sargento Keston, se dijo. Pero, de pronto, recordó haber leído declaraciones de la «script». Amanda había declarado ignorar los motivos que tenía Sally para cometer aquellos crímenes. Y, sin embargo, Effie aseguraba que ella sabía más de lo que había dado a entender.

Detuvo el coche y contempló la casa unos instantes. Era un edificio modesto, de una sola planta, con un pequeño jardín. No había lujo, sino simplemente comodidad.

Cortó el encendido. En aquel instante, sonaron dos disparos en el interior de la casa. Una mujer lanzó un horrible grito. Grotton se quedó paralizado por el asombro.

De repente, alguien salió de la casa a todo correr.

Grotton vio el revoloteo de unas faldas y una melena que se agitaba con los movimientos que hacía la mujer al escapar a toda velocidad. Ella le vio de pronto y apuntándole con el revólver, disparó un par de tiros.

El joven se agachó instantáneamente. Las balas abrieron sendos agujeros en la carrocería del coche y Grotton percibió claramente los impactos.

Agachado tras el motor, contempló impotente la escapatoria de

la asesina. A unos veinte metros, Sally se volvió y disparó otro tiro.

Aún le quedaba un cartucho en el tambor del revólver. Grotton se dijo que debía ser prudente.

Por otra parte, segundos después, se preguntó si habría sido capaz de alcanzar a Sally en su frenética huida, aunque ella no dispusiera de ningún arma.

El ruido de un motor que arrancaba a toda velocidad, llegó a sus tímpanos. Grotton se dio cuenta de que el automóvil estaba en una calle transversal. No llegaría a tiempo de ver la dirección que tomaba. Las calles, aunque amplias, se cruzaban en una malla con intervalos relativamente pequeños.

Luego volvió los ojos hacia la casa. Bruscamente, una mujer, con el pelo completamente ensangrentado, se asomó a una de las ventanas.

—¡Socorro! ¡Por el amor de Dios, ayúdeme...!

Abandonando su actitud estática, Grotton corrió hacia la casa. Cuando llegó junto a la ventana, vio a Amanda Boles doblada sobre el antepecho, con los brazos colgando laciamente en el exterior.

Un hilo de sangre brotaba de la boca de la infeliz y fluía lentamente hacia el suelo.

CAPÍTULO VIII

—Te estás convirtiendo en una celebridad —dijo Sandra a la mañana siguiente, a la vez que le tendía el periódico.

—Eso es algo que no me hace muy feliz —contestó él, rechazando el diario—. Gracias, ya lo he leído durante el desayuno.

—Esta serie de crímenes ha levantado una enorme polvareda —manifestó la muchacha—. Desde luego, una cosa es cierta: las películas de Sally se van a revalorizar con esta clase de publicidad.

—Una publicidad repugnante —calificó Grotton con un gruñido.

—Sí, pero está ahí y eso es algo que no se puede evitar. Dime, ¿cómo llegaste tan oportunamente a casa de Amanda Boles?

—Effie me lo aconsejó. Amanda y Sally habían sido íntimas amigas en tiempos.

—Eso debió de ocurrir antes de que a mí me diera la chifladura del cine. No sabía nada, Mark.

—Amanda, sí, por lo visto. Y tal vez lo que sabía podía comprometer gravemente a Sally, por lo que ésta decidió asesinarla.

—¿Comprometer gravemente? ¿Más de lo que ya está? —se extrañó Sandra.

—Hay otra posibilidad —dijo el joven—. Sally y Amanda fueron grandes amigas en tiempos. Puede que Amanda supiera el lugar dónde se esconde Sally.

—Supongamos que fuese así. ¿Por qué iba a asesinarla?

—Por seguridad propia. Y también cabe la posibilidad de que Amanda quisiera hacer chantaje a Sally. «O me das tanto dinero o le digo a la policía dónde te escondes». Lo en tiendes ahora, ¿verdad?

De pronto, Sandra dio una patada en el suelo.

—¡A pesar de todo no creo que Sally sea una asesina! —exclamó casi rabiosamente.

—¿Hemos de achacar tu afirmación a la clásica intuición femenina? —sonrió Grotton.

—Tú podrás decir lo que quieras, Mark. La policía afirmará que tiene pruebas indiscutibles contra Sally. Pero yo insistiré en su inocencia, hasta que un día pueda enfrentarme con ella y me diga claramente que, en efecto, mató a cuatro personas. Mientras no llegue ese momento, yo seguiré pensando que es inocente.

—Bueno, supongamos que aciertas. En tal caso, tiene que haber otro culpable. ¿Quién es, en tu opinión, Sandra?

—Si yo he de creer, como creo, en la inocencia de Sally, entonces tiene que ser otra persona, que comete esos crímenes, para achacarle las culpas. Lo que no me siento capaz es de pronunciar el nombre del asesino ni los motivos que tiene para actuar así.

—Tu hipótesis tiene varios puntos que merecen ser discutidos en profundidad. Pero uno de ellos, sobre todo, tendría que ser resuelto con preferencia a los demás.

—¿Cuál, Mark?

—Un asesino actúa en nombre de Sally, para que la acusen de esos crímenes.

Desconocemos su identidad y los motivos de los asesinatos. Pero ¿dónde está Sally?

Sandra se quedó cortada, sin saber qué responder. Grotton alzó el índice.

—Podría admitirse que le robaron el revólver y el coche. Pero ¿qué me dices de quienes la reconocieron instantes antes de su muerte? ¿No la reconocimos nosotros también? Si se considera inocente, ¿por qué huyó de nosotros?

Ella hizo un gesto de desaliento.

—La verdad, no sé qué contestarte, Mark —dijo—. Sí, todo parece acusarla, pero...

El teléfono sonó en aquel instante. Sandra lo atendió, es cuchó unos momentos y luego, tapando con la mano el auricular, miró al joven.

—Ingalt te invita a cenar esta noche en el «Tyrko's».

Asistirá también el productor Myrick Lang. Yo también estoy invitada, si deseo ir.

Grotton hizo un gesto de asentimiento.

—Pídele la hora y comunica nuestra aceptación —respondió.

* * *

Lang era un hombre bajito, menudo, con mirada de águila y nariz ganchuda. Los ojos del sujeto estaban casi constantemente fijos en el escote de Sandra, a pesar de que ella se había puesto un vestido que no tenía nada de exagerado.

—Lo mejor será que hablemos claro —dijo Ingalt, una vez le hubieron servido el primer plato—. Señor Grotton, estoy enterado de sus problemas con el difunto Bailey. Ya comentamos algo sobre el particular.

—Sí, desde luego.

—El señor Lang quiere terminar la película que estábamos rodando cuando se produjo el primer asesinato. En un principio —continuó Ingalt—, habíamos pensado en suspender el rodaje, pero luego de considerarlo detenidamente, decidimos terminar el filme. Usted, Grotton, recordará sin duda que tuvimos una discusión preliminar sobre ciertos aspectos del guión, cuyas modificaciones pensaba encargarle.

—Lo sé —respondió el joven—. Sí, se podrían hacer e introducir esas modificaciones, aunque, desde luego, como dije, es preciso suprimir la escena de la bañera. Es algo que ideó Bailey contra mi voluntad y la considero una escena horrenda.

—Esa escena está ya suprimida —aseguró Lang.

—Vamos a ser sinceros, Mark —dijo Ingalt—. Las películas de Sally se han reactivado considerablemente a causa de la publicidad de sus crímenes. Pero es preciso tener en cuenta un detalle importante: fueron rodadas y proyectadas antes del primer asesinato. En cambio, la que tenemos entre manos, se habrá rodado durante la comisión de esos asesinatos. ¿Comprende ahora cuál es la diferencia?

—Desde luego —dijo Grotton—. Sin embargo, en mi opinión, existen varios inconvenientes.

—Usted dirá, amigo mío.

—En primer lugar, ¿quién doblará a Sally en las escenas que faltan?

—Ése no es problema —contestó Ingalt—. Hoagey la dobló en la

única escena un poco peligrosa que tiene el filme. En cuanto a las escenas restantes, la señorita Dunlare podría encargarse. Tomas de espaldas... a fin de cuentas, son varias escenas de no excesiva importancia y la que más interesa, esto es, el «final feliz», ya se rodó hace tiempo y quedó perfecta.

—Respecto a la señorita Dunlare, ella tendrá que tomar la decisión conveniente —dijo el joven—. En cuanto a mí, habrán de permitirme les diga tengo ya un contrato con la «Four Stars». No obstante, podemos apreciar la circunstancia de cierta obligación moral, puesto que yo había intervenido en el guión, antes de entablar conversaciones con la «Four Stars». Pero, claro, necesitaría contar con la aprobación de Cultverson.

—Le conozco bastante —intervino Lang—. Yo hablaré con él personalmente, para pedirle ese favor. Somos competidores, pero también nos ayudamos cuando lo necesitamos y él me debe un par de favores.

—En tal caso, por mí no habría inconveniente —manifestó Grotton—. Repito, sin embargo, que no me responsabilizo de la decisión de Sandra.

Ingalt se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué me dice? —inquirió. Sandra vaciló.

—Veinticinco mil —dijo Lang.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Grotton.

—Depende de lo que tarde usted en entregarnos el guión modificado. A partir de ese momento, cuente un par de semanas —respondió Ingalt.

—Acepta, Sandra —aconsejó el joven.

—De acuerdo —sonrió ella. Lang levantó una mano.

—Entonces, vamos a pedir una botella de champaña para celebrar el acontecimiento —exclamó alegremente.

De pronto, Ingalt lanzó una exclamación:

—¡Hombre, Tivvy! ¿Qué haces por aquí? ¿Buscas a alguien? Hoagey se acercó a la mesa, sonriendo agradablemente.

—Me había citado con una dama, pero, por lo visto, ha debido de pensárselo mejor y me ha dado plantón. ¿Están celebrando algo?

—Sí, vamos a reanudar el rodaje de la película. Anda, siéntate con nosotros; aunque tuviste una intervención muy corta, también tomaste parte en ella y te mereces una copa.

—Espero no molestarles —dijo Hoagey.

—Usted es uno de los puntales de la productora —elogió Lang —. Aunque a veces trabaje para otros.

—Me siento más cómodo actuando independientemente —respondió Hoagey.

—Es una buena política, en efecto. —Lang se volvió hacia el joven—. Amigo mío, cuente con el permiso de Cultverson —afirmó rotundamente.

* * *

—Concedí el permiso de mala gana —dijo Cultverson al día siguiente—. Pero le voy a dar un consejo, muchacho.

—Sí, señor.

—Esto es algo confidencial. Muy pocos lo saben y, desde luego, no seré yo quien lo divulgue. Claro que ahora puede que salgan adelante, pero lo cierto es que la «Transmundial» está haciendo aguas por todas partes. Grotton lanzó un silbido.

—Una noticia sorprendente, si se divulgara —contestó.

—Si se divulgase, la «Transmundial» se iría a pique casi en el acto. Los acreedores se le echarían encima como una bandada de cuervos y... Bueno, espero que con este último rodaje y los ingresos de las películas de Sally Shadd, puedan recobrarse y continuar produciendo más filmes. Por mucho que se diga, nunca es agradable contemplar la ruina de un competidor. A mí no me gustaría verlos en la calle, aunque no sería sincero si no le dijera que siempre querría estar por encima de ellos.

—Comprendo, señor. Entonces, ¿puedo terminar el guión para la «Transmundial»?

—Desde luego, pero dése prisa. Lo queremos con nosotros, Mark. Mire, muchacho, yo me precio de ser un descubridor de talentos. No le digo más.

—Sí, señor, muchas gracias.

—Las locuras que ha cometido Sally Shadd les han venido como el sorbo de agua al perdido en el desierto. Adiós, Mark.

Grotton colgó el teléfono. Sandra aguardaba en pie junto a la mesa.

—Eres mi secretaria —dijo el joven, mirándola fijamente.

—Sí —respondió ella.

—Secretaria viene de secreto, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces, oye y calla. La «Transmundial» se encontraba en una crítica situación y saldrá a flote merced a las barbaridades que ha cometido Sally.

—Un método ingenioso de ganar dinero, aunque también falto de toda ética —calificó ella.

Grotton se encogió de hombros.

—Es preciso mirar las cosas fríamente —dijo—. Resulta humano aprovecharse de las circunstancias para ganar dinero. Y no olvides que a ti te pagarán veinticinco mil dólares por dos semanas de trabajo. Yo cobraré otro tanto y...

—Mark —le interrumpió ella—, el dinero, ¿lo es todo en este mundo? Grotton guardó silencio unos instantes.

Luego dijo:

—Entiendo perfectamente el sentido de tu pregunta. Tal vez vivimos en un mundo completamente deshumanizado, que nos hace perder el sentido de la perspectiva. Pero muchas veces es imposible luchar contra la corriente, Sandra. No, el dinero no lo es todo en la vida, pero tú tuviste que aceptar una escena en la que debías aparecer semidesnuda.

Ella enrojeció.

—No me gustó, pero enseñar el pecho unos instantes no es tan malo, Mark. Hay cosas mucho peores y, literalmente, en aquellos momentos, yo me moría de hambre.

—Lo sé, lo sé, y tanto Lang como Ingalt pueden alegar algo muy semejante. Por otra parte, ninguno de los dos tenemos la culpa de las acciones de Sally. ¡Esa mujer tiene que haberse vuelto loca a la fuerza!

—Es la única explicación posible —dijo Sandra—. De otro modo, no se comprenden sus crímenes... suponiendo que haya sido ella, cosa que, pese a todo, yo sigo dudando...

—Me gustaría que acertases en tu presunción de inocencia, pero, por desgracia, las pruebas que tenemos hasta ahora son irrefutables. En fin, volvamos al trabajo, Sandra.

Ella hizo un gesto de asentimiento. En aquel instante, sonó el teléfono.

—Despacho del abogado Grotton —dijo la muchacha.

—Soy Effie Sullivan. Señorita, haga el favor de ponerme con su jefe. Es muy urgente. Sandra tapó el micrófono con una mano.

—Effie quiere hablarte. Dice que es muy urgente —informó. Grotton hizo un gesto de aquiescencia y ella le pasó el teléfono.

—Adelante, Effie —invitó el joven.

—Mark, he estado pensando mucho en el asunto, tú ya sabes a qué me refiero. El otro día no supe recordarlo, pero creo que puedo ayudarte. Es muy posible que haya quien sepa más cosas de este asunto.

—¿Quién es?

—Se llama Kitty. Ignoro el apellido, pero todo el mundo le llama la «Pantera», como el club que dirige. Yo no soy lo que se dice una santa, aunque tampoco he llegado a ciertos extremos, pero tuve ocasión en el pasado de oír muchas cosas. Kitty ha estado mezclada en negocios poco limpios, incluso, se rumorea, algún asesinato. Una cosa te advertiré: ten mucho cuidado. Es guapa, pero el sobrenombre de «Pantera» está plenamente justificado.

—Tiene mal genio, ¿eh?

—A más de uno le ha marcado con la navaja que lleva siempre en una liga, como en «Carmen». La saca cuando menos te esperas y puede cortarte la nariz antes de que te des cuenta de lo que ha pasado. Es todo lo que puedo decirte, Mark.

—Gracias, Effie, lo tendré muy presente en todo momento.

CAPÍTULO IX

Grotton colgó el teléfono y se puso en pie. Durante unos momentos, se paseó por la estancia, en silencio, abstraído en sus pensamientos. Sandra le contemplaba sin atreverse a intervenir.

Al cabo de un par de minutos, se acercó a la mesa y puso en funcionamiento la grabadora con la que había registrado la conversación con Effie.

—Escucha esto, Sandra —dijo.

La muchacha aguzó el oído. Cuando la grabación hubo terminado, miró a Grotton.

—No sé qué puede ayudarte esa información, Mark —expresó dubitativa.

—Quizás, sí. Sandra, dime, ¿conoces tú a algún buen maquillador?

—Por supuesto. Peter John Fix, de la «Transmundial». Hace maravillas con los rostros de las personas...

Grotton echó a andar hacia la puerta.

—Avísale de mi llegada —ordenó—. Dile que voy a pedirle un favor y que le ruegas me atienda.

—Sí, Mark, pero... ¿qué es lo que te propones?

—Ya lo sabrás —contestó él, a la vez que cruzaba el umbral.

Sandra fue al teléfono y, al cabo de varios intentos, consiguió dar con Fix. El hombre le prometió hacerle el favor y ella le dio las gracias. Luego se sintió muy preocupada, porque desconocía por completo las intenciones del joven.

A media tarde, llamaron a la puerta. Sandra fue a abrir y se encontró con un tipo que le hizo lanzar un grito de susto.

Era un hombre alto, fornido de rostro cetrino y pelo muy negro. En la mejilla izquierda llevaba una cicatriz que le cruzaba desde el

pómulo a la barbilla, trazando una línea blanquecina en la cerrada barba que azuleaba incluso de recién afeitada.

El individuo usaba un sombrero con cinta clara, con rayas rojas y azules, traje oscuro, de rayitas muy finas, camisa negra y corbata gris claro, casi blanca. Fin la mano derecha tenía un brillante disco de metal que hacía saltar rítmicamente en la palma, mientras contemplaba a través de las volutas de humo que se desprendían del cigarrillo que pendía de sus labios.

—¿Qué tal, muñeca? ¿Está tu jefe? ¿Puedo hablarle para estudiar un asunto que puede darnos mucha «pasta»?

Sandra se asustó terriblemente.

—No, mi jefe no está... Vuelva otro día...

Y se dispuso a cerrar la puerta, pero un pie se lo impidió, a la vez que escuchaba una alegre carcajada.

—Fix ha hecho un buen trabajo, ¿eh? Los ojos de la muchacha se dilataron.

—¡Dios Santo! Eres tú... Mark Grotton... ¡Pero estás desconocido!

El joven volvió a reír. Guardó la moneda y se quitó el cigarrillo de la boca.

—Siento haberte dado ese susto, pero quería comprobar si eras capaz de apreciar la labor del maquillador —dijo.

—Todavía no estoy muy segura de que seas tú —contestó ella, con una mano en el pecho—. Pero ¿por qué ese disfraz?

—Voy a ver a Kitty «La Pantera» —contestó él—. Y, aparte del mal genio que tiene, mi fotografía ha aparecido estos días en los periódicos y no quiero que me reconozca, al menos en el primer momento.

—Sin duda, temes una entrevista tempestuosa.

—Es lo más seguro. Aunque, de todas formas, voy prevenido —dijo Grotton, a la vez que se tocaba el lado izquierdo del pecho.

—Llevas una pistola —exclamó Sandra, alarmada.

—Me la ha prestado Fix. Es de imitación, pero puedes tener la seguridad de que Kitty no se dará cuenta. Aunque, de todos modos, pienso combatirla con sus propias armas.

—¿Cómo?

Una navaja automática apareció instantáneamente en la mano del joven. La hoja chasqueó al desplegarse.

—Tengo la intención de dar un buen susto a Kitty, única forma de conseguir los informes que deseo —respondió.

* * *

Una camarera, con los senos desnudos, atendió al cliente que se había sentado solitario en una mesa. Grotton simuló probar el líquido que le habían servido y escupió desdeñoso a un lado.

—Puah... ¿qué es esto: *whisky* o meada de caballo?

—Señor, aquí sólo servimos bebidas de calidad —protestó la camarera.

—En mi tierra, ni siquiera a un condenado a muerte se le daría esta porquería —dijo el joven insultantemente—. Tráeme algo mejor o, si no lo tienes, un vaso de agua. Vamos, muchacha, mueve el trasero; me están entrando ganas de destrozar esta infecta pocilga.

La camarera, asustada, se marchó. Simulando no darse cuenta, Grotton la vio hablar con dos personas, un hombre y una mujer, situados al fondo, junto al extremo de la barra. El hombre dio un paso hacia adelante, pero la mujer extendió un brazo y se hizo detenerse.

Luego, sin prisas, avanzó hacia la mesa ocupada por Grotton. Cuando llegó junto a él, puso una mano en su cadera y dijo:

—Parece que tienes ganas de gresca, buen mozo. ¿Quieres que nos divirtamos juntos un rato?

Grotton sacó la moneda y la hizo saltar en la palma de la mano.

—Me llamo Jack Tascoe Algunos me llamaban «Enterrador». Tenían razón: están muertos. ¿Qué quieres de mí, muñeca?

—Soy Kitty, la dueña de este local. ¿Por qué no vienes a mi despacho y hablamos un rato, delante de una copa de lo bueno?

—Claro, nena. Pagué por tomar un trago decente, no por agua de fregar.

Grotton se puso en pie y guardó la moneda. Kitty echó a andar delante de él. Era de mediana estatura y formas exuberantes. Grotton calculó que ya había cumplido los cuarenta, pero sabía llevarlos muy bien. Una cosa era segura: su enorme experiencia.

Grotton se dio cuenta del guiño de complicidad que Kitty dirigía al sujeto que estaba con ella momentos antes. Adivinó lo que

pensaba «La Pantera»: «A este tipo le voy a dar una lección que no olvidará en los días de su vida».

Kitty llegó a una puerta, la abrió y siguió andando.

—Cierra, Jack.

Grotton empleó el tacón para cerrar. Kitty se había detenido, de espaldas a él, ligeramente inclinada, y bajaba la mano hacia la abertura que tenía en el lado derecho del vestido.

Entonces, algo le pinchó el dorso de la mano.

—Deja la navaja, muñeca.

Kitty se irguió vivamente. Una mano le arrebató la navaja, que voló a un rincón. Luego, otra navaja se apoyó en su mejilla izquierda.

—Una zorra como tú me marcó hace años —dijo Grotton truculentamente—. ¿Sabes lo que le pasó, cuando salí del hospital?

El miedo apareció en los ojos de Kitty. «No está acostumbrada a esta clase de trato», pensó el joven, satisfecho.

La punta de la navaja resbaló lentamente por la cara de Kitty, se paseó por su cuello y luego alcanzó uno de los tirantes del vestido. Ella, aterrada, no se atrevía siquiera a respirar.

Grotton cortó sucesivamente los dos tirantes y la parte superior del traje cayó hacia abajo, dejando el pecho al descubierto.

—Ahora lleva pechos postizos —añadió, después de una pausa calculada. Con la mano izquierda, empujó a Kitty y la tiró sobre un diván.

—Te llaman «Pantera», fiero no eres más que un gatito inofensivo —añadió insultantemente.

—Está bien, ¿qué diablos quieres? ¿Por qué me estás haciendo todas estas cosas? —gritó ella, exasperada.

—He oído rumores y sé que tú estás enterada. Se trata de un asunto de mucho dinero, disfrazado de unos crímenes por venganza. Supongo que estás enterada del caso de Sally Shadd.

—Sí, pero no sé...

—Kitty, no me hagas perder la paciencia. Estoy seguro de que utilizan a esa artista como pantalla, y no es que me importe lo que le sucede, pero sí quiero una buena parte del asunto. Tú también podrías conseguir un pedazo del pastel si me ayudases. No soy un tacaño, créeme.

—Nunca me imaginé que hubiese dinero en ese asunto —declaró

Kitty.

—Pues así es, aunque te cueste creerlo. Bien, ¿qué me cuentas del negocio?

—La verdad... Me siento desconcertada. ¿Dices que puede tocarme un buen pico?

—Siempre cumplo mis promesas y espero que los otros hagan lo mismo conmigo. Un par de tipos quisieron engañarme una vez. No han vuelto a engañar a nadie.

—A ti no te había visto antes aquí, Jack —dijo Kitty.

—He venido de muy lejos, cambiando de aires. La cosa se ponía fea para mí en Kansas City. Pero aún me quedan amigos allí y ellos son los que mencionaron el asunto. Bien, ¿qué me contestas?

Kitty reflexionó unos momentos.

—De acuerdo —dijo al cabo—. Te contaré lo que sé, que no es mucho, ciertamente. Repito que no sabía que hubiese dinero en el caso de Sally Shadd, pero hay alguien que puede indicarte el lugar donde se esconde esa chica. A mí no me importaba lo que hiciera Sally; siempre pensé que se trataba de una neurótica, que quería vengarse de unos cuantos tipos. Ahora bien, si hay dinero en el fondo, yo también quiero mi parte.

—Muy bien, suéltalo ya, Kitty.

—Harry, «El Manco». Hace un par de días estuve hablando con él. Me dijo si me interesaba saber el escondite de Sally. Le contesté que no me importaba un rábano. Lo que quiere Harry es ver si alguien suelta unos dólares de recompensa.

—¿Muchos?

—No «cantará» por menos de quinientos, Jack.

—Veré si me conviene gastar ese dinero... o usar un poco mi cuchillito. ¿Cómo puede saber Harry el escondite de Sally?

—Se dedica a eso, precisamente. Pero no es un «soplón» de la policía.

—Entiendo. Gracias, muñeca —dijo Grotton, tras conocer la dirección del sujeto. Grotton se encaminó hacia la puerta. Kitty le llamó de pronto:

—Jack...

El joven giró en redondo.

—¿Kitty?

—Vuelve pronto por aquí.

—¿De veras?

Kitty continuaba todavía con el torso desnudo y lo irguió con gesto orgulloso.

—¿No te gustan?

Grotton hizo un gesto apreciativo.

—Muy atractivos —contestó.

—Ven cuando hayas conseguido saber el escondite de la asesina. Te aseguro que no te arañaré.

—Volveré, encanto.

Era una promesa que sabía no iba a cumplir, pero no quería dejar tras sí una mujer despechada. «En femenino, no es sino un bravucón que se arruga en cuanto alguien le planta cara», pensó.

Salió del local, subió a su coche y metió la llave de contacto en su sitio. Cuando había puesto el motor en marcha, sintió en la nuca el contacto de algo frío.

—No separes las manos del volante si no quieres morir achicharrado —dijo la mujer que había aparecido inesperadamente en el asiento posterior.

* * *

Grotton se puso rígido un instante.

—¿Sally?

Bruscamente, una ruidosa carcajada estalló a sus espaldas.

—¡Has picado!

Grotton lanzó un rugido.

—¡Sandra, maldita sea, me has dado un susto de muerte!

—Tú también me lo diste a mí esta tarde...

—Pero yo no había amenazado con matarte. En cambio, tú me has hecho creer que eras Sally.

—Cualquiera diría que Sally tiene motivos para desear tu muerte —dijo ella, picada.

—No, pero... En fin, ¿qué diablos pretendes?

—Bueno, sabía que ibas a venir aquí, de modo que decidí aguardarte. Lo siento de veras, Mark; no lo hice por desquitarme. Sólo quería saber si estoy presentable.

—No te entiendo en absoluto, Sandra.

—Bueno, es, que aquí, detrás de ti, no me puedes ver bien... ¿Te

parece que pase al asiento delantero?

—De acuerdo.

Sandra se sentó junto a Grotton. El joven pudo ver un traje de color rojo fuego, muy escotado, de falda hasta más arriba de las rodillas, abierta casi hasta la cintura y unas medias negras, con el portaligas correspondiente. Además, Sandra había cubierto su pelo rubio con una melena negra, lo que cambiaba su aspecto completamente.

—Estás desconocida —dijo él, admirado a su pesar.

—Fix ha hecho una buena labor conmigo —dijo Sandra, satisfecha—. Pero ¿a qué esperas? Arranca, hombre.

—Voy a ver a un tipo que, según mis informes, sabe dónde puede estar escondida Sally.

—¿De veras?

—Eso me han dicho y quiero comprobarlo esta misma noche.

—Muy bien, vamos a ver si es cierto... ¡Eh, mira! —exclamó Sandra repentinamente.

El automóvil pasaba en aquel momento por delante del local. Grotton volvió la cabeza y divisó a un hombre que entraba, acompañado de una elegante joven.

—¿Qué tiene de particular? —dijo—. Hoagey es un hombre como los demás y tiene ganas de divertirse un poco, eso es todo.

Grotton aceleró de nuevo Sandra abrió su bolso, sacó un espejito y empezó a retocarse los labios.

—¿Qué tal la entrevista con Kitty? —preguntó.

—Deberían haberla filmado —rió él—. Creo que estuve insuperable en el papel de Jack «El Enterrador».

Grotton relató algunos detalles de la conversación con Kitty. Cuando terminó, Sandra hizo un gesto con la cabeza.

—Esa mujer es menos lista de lo que dicen —calificó.

—A pesar de todo, no se debe desdeñar su experiencia, ni tampoco sus relaciones. De todas formas, en cuanto hayamos hablado con Harry «El Manco», volveremos a ser nuevamente Mark Grotton y... ¿Qué sobrenombre has adoptado, muchacha?

—Susie «La Turca».

—Vaya un apodo.

—Puedo decir que mi abuelo era de Estambul. Nadie está en condiciones de desmentirme —dijo ella riendo estruendosamente.

—Muy bien, Susie. A ver si eres capaz de convencer a Harry para que nos diga dónde está escondida Sally Shadd.

—Descuida, Harry hablará como un vendedor de terrenos donde se supone que hay petróleo.

Minutos más tarde, se apeaban frente a una casa de aspecto nada agradable. Cuando se disponían a cruzar la acera, un hombre salió de la casa con gran precipitación.

Grotton vio la manga vacía de su traje y adivinó en el acto la identidad del sujeto.

—Quieto, Harry —ordenó.

Sandra hizo algo más. Sacó una pistola del bolso y encañonó al sujeto.

—«Manco», tengo el dedo índice muy inseguro —amenazó. Harry levantó las manos en el acto.

—Está bien —se resignó—. ¿Dónde quieren que hablemos? Grotton señaló su coche con la cabeza.

—Sandra, conduce tú; yo me encargaré de que este tipo suelte la lengua —dijo.

CAPÍTULO X

Sandra se situó tras el volante y Harry se colocó a su lado. Grotton se sentó en el centro del asiento posterior.

—Sigue recto, ya te indicaré cuándo debes parar —dijo, una vez se hubieron acomodado los tres en el interior del vehículo.

Sandra pisó el acelerador. Grotton, inclinándose hacia delante, tocó en el hombro al sujeto.

—Harry, suéltalo. ¿Dónde está Sally Shadd?

—¿Cuánto me pagarán por la información? —preguntó el individuo.

—Dale veinte pavos —dijo Sandra.

—Ni hablar. Por ese precio no suelto la lengua ni aunque me corten la piel a tiras.

—Hay cosas peores, Harry —dijo el joven suavemente—. Por ejemplo, un tiro en la nuca. Tarde o temprano, acabaremos por encontrar a Sally. A mí me llaman «El Enterrador» y no sin motivos. Apuesto algo a que te avisó Kitty, ¿verdad?

—Maldita sea... Ella me prometió dos mil si me largaba inmediatamente de casa... Lo que sucede es que estaba fuera y me había llamado ya un montón de veces...

—No tienes opción, Harry. Suéltalo ya. Tendrás que conformarte con cien dólares o una bala en la cabeza. Elige tú mismo.

Grotton simulaba jugar con la pistola que le había prestado Fix. Harry lo veía de reojo y se sentía muy aprensivo.

—Sally está en una casa de la calle Doce, en el número mil setecientos quince, bajo el nombre de Ellen Martin —dijo al cabo.

—¿Cómo lo has sabido, Harry? —se admiró el joven.

—Es mi oficio —contestó Harry orgullosamente.

—Muy bien. Sandra, para ahí. Vamos a desembarcar a este

pasajero que ha venido aquí contra su voluntad.

Harry lanzó un grito de protesta.

—Pero me han sacado fuera de la ciudad... No tengo coche...

—El ejercicio es muy sano, Harry —respondió el joven sarcásticamente.

Sandra arrimó el coche a la cuneta de la carretera. Inesperadamente, Harry enseñó un revólver.

—Te has descuidado, muñeca —dijo, muy satisfecho—. Sin duda ignorabas que hubo un tiempo en que abrir bolsos era para mí la cosa más sencilla del mundo.

La muchacha no se inmutó.

—¿Piensas robarnos el coche, Harry?

—¿Lo dudas, preciosa?

—Es un revólver de imitación. Ni siquiera lleva balas de fogeo. Aprieta el gatillo si dudas de mí.

Grotton alargó la mano izquierda y recobró el revólver. Con la derecha empuñaba la navaja, cuya punta apoyó en el cuello del hampón.

—Es auténtica. Harry —dijo, sin alterar la voz—. Y ahora mismo te vas a apea y sin los cien dólares que habíamos acordado. Así aprenderás a no gastar jugarretas a los que obran de buena fe contigo.

—¡Buena fe! —resopló Harry.

Se apeó del coche y blandió el puño.

—Os acordaréis de mí —gritó—. Todavía no sabéis bien quién es Harry «El Manco». Tengo una sola mano, pero valgo más que muchos hombres enteros.

—No le hagas caso, Sandra —dijo el joven—. Arranca y da la vuelta inmediatamente.

—Vamos a buscar a Sally, supongo.

—Sin perder un segundo —respondió Grotton.

Sandra hizo rodar el coche un centenar de metros, encontró un lugar apropiado e inició la maniobra. Cuando enfilaba el camino de regreso, vio otro coche parado junto a Harry. El sujeto parecía hablar con su conductor. Bruscamente, se vieron brillar tres o cuatro fogonazos.

Harry retrocedió, tambaleándose violentamente. Luego giró en redondo y cayó de bruces al suelo.

El conductor del otro coche aceleró brutalmente.

—¡Agáchate, Sandra! —chilló Grotton.

El automóvil en que viajaba el asesino pasó por delante de ellos a toda velocidad y se perdió rápidamente en las sombras de la noche. Grotton, encogido en el asiento posterior, asomó la parte superior del rostro por encima del borde de la ventanilla, pero no pudo captar el menor detalle del conductor.

—No le vamos a seguir —dijo la muchacha, todavía temblorosa por la escena que acababan de presenciar.

—La pistola que ha usado ese tipo es auténtica —respondió Grotton. Alargó una mano y apartó a la joven.

—Déjame, yo conduciré.

Pasó al asiento delantero y apretó el acelerador. Instantes después, vieron el cuerpo encogido de Harry, completamente inmóvil.

—Hemos de largarnos de aquí cuanto antes —dijo—. Por el momento, nadie sabe lo que ha pasado, excepto nosotros y el asesino. Si nos encontrasen disfrazados de esta forma, podríamos vernos metidos en un buen lío.

Sandra inspiró profundamente.

—¿Lo hizo Sally, Mark? —preguntó.

—Personalmente, no lo creo. Pero tampoco podríamos afirmar lo contrario. En todo caso, pronto saldremos de dudas.

—¿Qué piensas hacer?

—Iremos a su escondite. Si no está, aguardaremos su regreso y procuraremos sorprenderla, para evitar que use el revólver.

—Hay una pequeña dificultad —alegó ella.

—Dime, Sandra.

—No tenemos llave de su apartamento.

—Cuando lleguemos allí, resolveremos el problema.

* * *

En la casa que vivía Sandra había un conserje nocturno. Grotton decidió que no podía ser tacaño y enseñó un puñado de billetes, que convencieron al sujeto para que les abriese el apartamento de la asesina con su llave maestra.

Momentos después, abrían la puerta. Grotton despidió al

conserje y se quedaron solos.

—Ella no está ahora —dijo Sandra.

—Entonces, aprovecharemos para registrar el apartamento.

Pasaron al dormitorio. Había allí ciertas señales que hicieron fruncir el ceño a la muchacha.

—Mark, no quisiera ser pesimista, pero juraría que Sally ha levantado el vuelo —dijo.

—¿Cómo puedes saberlo? El conserje no nos ha dicho nada acerca de la marcha de la que él cree es Ellen Martin.

—He captado algunos detalles... En el baño no hay artículos de tocador ni tampoco en la consola del dormitorio. He mirado en los cajones de la cómoda y no hay prendas de ropa interior. En el ropero sólo hay un vestido viejo, pero ni rastro de zapatos. No quisiera presumir de adivina, pero juraría que ha oído el peligro y se ha marchado antes de que fuese demasiado tarde.

—¿Tendrá eso algo que ver con el asesinato de Harry?

—Es posible —convino la muchacha—. Aunque no me explico la relación.

—Harry dijo que Kitty iba a darle dos mil dólares —recordó Grotton, pensativamente—. Calculo que Kitty trató de quedarse sola con el supuesto negocio del dinero que yo le dije estaba en el fondo de los asesinatos de Sally. Kitty estuvo llamando a Harry, porque éste había salido de su casa, lo cual explica que pudiéramos encontrarlo. Si hubiese hablado con él de inmediato, Harry habría escapado antes de que llegásemos nosotros.

—Y, probablemente, estaría aún con vida.

—Eso ya no es tan seguro. Quizá, con el señuelo de los dos mil dólares, Harry indicó a Kitty el escondite de Sally. Los esbirros de Kitty vendrían aquí, pero resultó que Sally había alzado ya el vuelo. Mientras, otro de los hombres de Kitty, se encargó de eliminar a Harry, para que no abriese la boca. Recuerda que el asesino de Harry estuvo hablando con él unos instantes, antes de emprenderla a tiros con él.

—Tus razonamientos parecen correctos, y puede que todo sea como dices, excepto una cosa, Mark.

—Dime cuál es, por favor.

Sandra enseñó la colilla de un cigarrillo con filtro.

—Estaba en ese cenicero —indicó.

—Lógico. Sally fumaría algún pitillo...

—Sally no fumaba, ni siquiera en las películas. He encontrado dos colillas más.

—Quizá recibió aquí a alguien de su entera confianza —apuntó el joven.

—Es posible, aunque lo dudo mucho.

—Sandra, Sally, a la fuerza, tuvo que necesitar de la ayuda de algún cómplice. Esa persona, quienquiera que sea, fuma y...

—No estoy muy convencida. Por lo que he podido deducir, Sally actúa sola. Es más, yo diría que ha estado preparando sus crímenes durante mucho tiempo, para, de este modo, no necesitar ayuda ajena.

Grotton sonrió.

—Creí haberte oído sostener la teoría de la inocencia de Sally —dijo.

Sandra volvió a mostrar la colilla.

—Ella no fumaba y, aunque lo hubiera hecho ahora por absoluta necesidad, a fin de simular o de mostrarse con una apariencia distinta a la suya, habría en el corcho de la boquilla señales de carmín y está limpia.

—Eres una estupenda detective —elogió Grotton—. Pero con todo esto no adelantamos nada. Seguimos todavía en el mismo estado, es decir, ignoramos absolutamente el paradero de Sally y no nos vamos a quedar aquí para esperar un regreso que, según tú, no se va a producir.

—Muy bien —dijo la muchacha—. ¿Por qué no le preguntamos al conserje? Quizá él nos pueda decir algo y así confirmaremos si Sally va a volver aquí o se ha marchado para siempre.

—De acuerdo.

Abandonaron el apartamento y, en el ascensor, bajaron al vestíbulo. El conserje estaba adormilado detrás de su mostrador. Pero se levantó inmediatamente al verles.

—Espero que hayan dejado todo en orden —dijo con cierta aprensión.

—No se preocupe, no hemos tocado absolutamente nada. Díganos, por favor, ¿ha visto en alguna ocasión a la señorita Ellen Martin?

—Sí, un par de veces. No hablé apenas con ella; pero se mostró

muy cortés y amable conmigo. Me pareció muy simpática, aunque un tanto preocupada, no sé por qué, claro.

—¿La conocía de antes?

—No, nunca la había visto...

—¿Puede describirnos su aspecto?

—Era bastante bonita, con el pelo negro; vestía con discreción, muy elegante —respondió el conserje.

—Pelo negro —repitió el joven pensativamente. Sandra se volvió hacia Grotton.

—Una peluca —afirmó.

—Sí, es posible. Dígame, amigo —volvió Grotton a encararse con el conserje—, ¿sabe si la señorita Martin se ha marchado de la ciudad?

—No tengo la menor idea. Además, nadie me ha informado de que pensara abandonar el apartamento...

—Tenemos la impresión de que se ha marchado —dijo Sandra.

—En tal caso, se habrá ido antes de que yo empezase mi turno, antes de las diez de la noche. Hoy, desde luego, no la he visto —repuso el conserje.

—Sí, se ha marchado —insistió la muchacha, desanimadamente—. Y lo peor de todo es que no sabemos dónde...

—Oigan, ¿por qué no bajan al «Parking» del edificio y comprueban si es cierto que se ha marchado? —exclamó el hombre—. El coche de la señorita Ellen, en tal caso, no estará abajo.

Grotton chasqueó los dedos.

—Es una estupenda idea. Gracias, amigo. ¿Vamos, Sandra?

—Un momento —exclamó ella—. ¿Cómo podemos saber cuál es el automóvil de Salí... digo, de Ellen?

—Oh, no se pueden equivocar. Es el único «Porsche», de color verde claro, metalizado —dijo el conserje.

Sandra se encaminó hacia la puerta que conducía al estacionamiento subterráneo, pero Grotton la alcanzó, sujetándola por un brazo.

—Ese coche no puede estar aquí —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Recuerda, lo encontraron en el aeropuerto y luego se lo llevaron al estacionamiento de la policía.

—¿Y si ella tenía otro automóvil?

—El conserje no lo sabe.

Un hombre, de mediana edad, con aire fatigado y ropas de trabajo, apareció en aquel momento por la puerta que conducía al «parking».

—Roy, me marchó, ya he terminado la tarea —exclamó—. ¡Uf, hoy tenía más coches que nunca para lavar...!

—Espera un momento, Sam —exclamó el conserje—. Estos señores quieren saber si está abajo el coche de la señorita Martin, ya sabes, ese «Porsche» metalizado, de color verde claro...

Grotton fijó la vista en el individuo, de quien estimó pertenecía a los servicios de limpieza del edificio y que se ganaba un sobresueldo lavando los coches de los inquilinos. Para animarle a contestar, le dio un billete de cinco dólares.

—Desde luego que sí —contestó el empleado—. El «Porsche» sigue abajo. Aunque ella no me dijo nada, le he quitado un poco el polvo; es una lástima ver sucio un coche tan precioso.

—De modo que acaba de verlo —dijo Grotton.

—Sí, desde luego.

Grotton hizo un gesto con la mano.

—Creo que debemos marcharnos —dijo—. ¡Gracias a los dos, amigos! —se despidió.

CAPÍTULO XI

—¿Es posible que Sally empleara dos coches para cometer sus crímenes? —especuló Sandra, una vez hubieron abandonado el edificio.

—No lo sé, aunque parece lo más lógico.

—No, no creo que sea lógico tener un coche aquí y otro igual, en el aeropuerto, a más de veinte kilómetros de distancia. Resultaría muy incómodo ir en el «Porsche», para utilizar, precisamente, otro «Porsche».

—De todas formas, vamos a librarnos de ese problema. Avisaré a la policía y dejaré que sea el sargento Keston quien se devane los sesos con el enigma. Creo que nosotros debemos descansar, que buena falta nos hace.

Sandra hizo un gesto de aquiescencia. Hundida en su asiento, permaneció callada durante unos minutos, hasta que, de pronto, rompió el silencio:

—Mark —dijo—, creo que de tanto pensar en este asunto, hemos olvidado algo fundamental.

—¿De veras?

—Sí. Supongamos, yo no lo creo, pero todo parece indicarlo así, supongamos, repito, que Sally es la asesina. ¿Cuáles son los motivos que la impulsaron a cometer cuatro asesinatos? Cinco, si se cuenta el de Harry «El Manco», naturalmente.

—Tienes razón —convino él—. No conocemos los motivos y, como tú dices muy bien, es algo fundamental para la solución del caso. Incluso para probar su culpabilidad.

—O su inocencia, Mark.

—Desearía que fuese inocente —sonrió él.

—Gracias. ¿No podremos saber nunca cuáles fueron esos

motivos? Grotton meditó Unos instantes.

—Creo que sí —dijo al cabo—. Mañana hablaré con cierta persona que puede darme algunos detalles sobre el particular. Aunque, por lo menos sabemos que Gorov le jugó en cierta ocasión una mala pasada a Sally, al no concederle un papel en una película que ella estimaba muy importante para su carrera.

—Conozco el caso, Mark —respondió la muchacha—. Y sé que Sally había olvidado ya el asunto. Además, ocurrió hace tres años... De haber querido matarlo por resentimiento, lo habría hecho entonces y no después de tanto tiempo.

—Bien, quizá existan otros motivos. Mañana, insisto, creo que podré saber algo, Sandra.

* * *

—Tengo la impresión de que el otro día no me contaste todo lo que sabías, Effie —dijo Grotton, mientras se servía él mismo de la cafetera que ella tenía al fuego en la cocina de su apartamento.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella. Acababa de salir del baño y estaba pasándose el cepillo por el pelo.

—A los motivos que podía tener Sally para cometer esos crímenes. El rencor contra Gorov, si persistía, no sirve, ya que aquello sucedió hace tres largos años. Sé que lo había olvidado... pero quizá había otros motivos.

Effie apretó los labios.

—Tienes razón —admitió—. Había otros motivos.

—Dime, te lo ruego.

—No te lo conté el otro día porque... Bueno, no resulta agradable hablar de cosas que traen a la memoria amargos recuerdos... Sucedió hace menos de seis meses. Nos invitaron a una fiesta, con un número limitado de asistentes a la misma. A mí no me quedó otro remedio que acudir; andaba mal de fondos y me prometieron un papel en el próximo filme. Yo supongo que Sally fue engañada o que tal vez no se imaginaba lo que iba a suceder. También puede ser que nadie pensara en las cosas que podían pasar...

—Acabó en una orgía, ¿verdad? —Adivinó el joven.

—Sí. A Sally la hicieron beber más de lo conveniente y, además,

casi la obligaron a fumar. El cigarrillo era de marihuana. Figúrate cómo se puso.

—Tuvo que pasar un mal rato, efectivamente.

—Oh, eso no fue nada para lo que ocurrió después. A fin de cuentas, el mal estado producido por una borrachera y un cigarrillo de «hierba», se cura durmiendo primero y al día siguiente con una buena ducha y un par de aspirinas, junto con medio litro de café. Pero lo otro...

—Sigue, Effie.

—Bien, yo estoy curtida y no me impresioné apenas. A ella, la pillaron entre tres o cuatro tipos, se la llevaron a una habitación y... Por lo visto, le hicieron cosas verdaderamente repugnantes.

—Y ella, después, juró vengarse.

—Sí, Mark.

—¿Estaba Amanda en la fiesta?

—Desde luego. Ella también tuvo que aguantar lo suyo, aunque debemos echarle parte de la culpa, porque fue la que ofreció a Sally el cigarrillo de marihuana.

Grotton fijó la vista en la hermosa mujer que tenía ante sí.

—Effie, quiero los nombres de los individuos que cometieron esas salvajadas con Sally —pidió tensamente.

* * *

La mujer abrió la puerta y miró con curiosidad al hombre joven que se hallaba ante el umbral. Ella tenía casi cincuenta años y en su rostro se notaban claramente las señales de un sufrimiento moral muy intenso.

—Perdone, señora —dijo él—. Soy Grotton, abogado. Ya sé que mi visita no la va a resultar precisamente agradable, pero es absolutamente necesario que hable con usted. Me imagino fácilmente que usted se encuentra todavía muy afligida, pero, repito, es de todo punto preciso que me conteste a alguna de las preguntas que debo hacerle. Ella se apartó a un lado.

—Pase, señor Grotton.

—Gracias.

El joven entró en la casa, de inmaculado aspecto. A la señora Hobstein, pensó Grotton, le gustaban la limpieza y las cosas en su

sitio.

—Empiece cuando guste —invitó ella.

—Se trata del asesinato de su esposo... Lo mataron cuando regresaba a casa. La señora Hobstein cerró los ojos un instante.

—Es algo que no olvidaré en los días de mi vida. Oí los disparos, me asomé y vi a Larry tendido en el suelo... ¡Fue esa horrible mujer, Sally Shadd! El mismo lo dijo segundos antes de morir...

—Sí, lo sé, y no se puede dudar de la palabra de un moribundo. Pero usted, al asomar por la ventana, tras oír los disparos, vio huir a la asesina.

—Ciertamente, la vi.

—Una mujer joven, esbelta...

—Con el pelo suelto. Aunque era de noche, pude apreciar que tenía los cabellos rubios.

—Y corría mucho, creo.

La señora Hobstein frunció el entrecejo.

—Ahora que recuerdo... Sí, corría muchísimo, claro que entonces pensé que lo hacía para escapar de la policía... Pero la vi hacer algo muy extraño, aunque entonces, como comprenderá no estaba para mostrarme asombrada por ciertos detalles.

—¿Qué detalles, señora Hobstein?

—Pareció como si los zapatos la molestaran para correr y se detuvo unos instantes para quitárselos. Luego salió disparada a toda velocidad...

Grotton sonrió, a la vez que se ponía en pie.

—No sabe cuánto le agradezco que me haya recibido, señora. Gracias por su amabilidad y... Permítame expresarle mis condolencias por la gran pérdida que ha sufrido.

—Es usted muy amable, joven. Yo también celebro haberle conocido.

—Ha sido un placer, señora —finalizó Grotton.

* * *

El hombre estaba apoyado en la barra y se sorprendió al oír la voz de un individuo que encargaba al barman una cerveza para él.

—Permítame que le invite, señor Harris —dijo—. Soy Grotton, abogado. Me gustaría hacerle una pregunta, si es tan amable de

contestarme...

Cal Harris entornó los ojos.

—¿De qué se trata? ¿He visto algo que me obligue a declarar como testigo ante un tribunal? —preguntó.

—Por lo visto, no es la primera vez que le sucede una cosa así —rió el joven.

—Aquí, en el aeropuerto, pasan y se ven las cosas más extrañas que pueda imaginarse. Y, sí, a veces tengo que acudir a los tribunales... ¿Cuál es el asunto que le aflige, señor Grotton?

—Usted es el jefe de vigilantes del «*parking*».

—Sí, aunque también hago otras cosas. No me ocupo sólo de los automóviles estacionados ahí fuera.

—Mi interés se centra, precisamente, en ese cargo. Señor Harris, ¿recuerda usted el «Porsche» metalizado, verde claro, que un tipo quería llevarse hace días y que no pudo porque alguien se lo impidió? Luego vino la policía y se llevaron ese coche...

—Sí, lo recuerdo, aunque intervine en el asunto cuando ya había pasado todo. ¿Era suyo ese automóvil?

—No. Alguien vino aquí para emprender un viaje. Lo dejó en el «*parking*» y...

¿Recuerda usted la fecha exacta en que el «Porsche» quedó estacionado ahí afuera?

—Podemos consultarlo en los registros.

—Muy bien. —Grotton enseñó un billete de veinte dólares—. Deseo compensarle por las molestias que voy a ocasionarle, señor Harris.

—Llámeme Tim, como todo el mundo —rió el individuo.

Abandonaron la barra y fueron a una pequeña oficina, en la que Harris consultó un libro antes de dar su respuesta:

—El «Porsche» fue estacionado el diecinueve de junio.

—¿Vio usted al conductor?

—No, aunque quizá lo vio alguno de mis muchachos... Aguarde un momento, por favor, señor Grotton.

Encima de la mesa, Harris tenía un transmisor de radio portátil y lo empleó para hacer una llamada:

—Mac, ¿me recibes?

—Sí, jefe, perfectamente —contestó alguien a los pocos instantes.

—Gracias. Mac, quiero hacerte una pregunta. Tú estabas en el «parking» el diecinueve de junio, cuando alguien dejó el «Porsche» del jaleo del otro día.

—Sí, es verdad. Automóviles como aquel «Porsche» no se ven a todas horas por aquí, jefe.

—Pregúntele si recuerda al conductor —bisbiseó el joven.

—Mac —dijo Harris—, me interesa saber si recuerdas algo sobre el tipo que conducía el «Porsche».

—No era un hombre; era una mujer. Muy guapa, aunque no podía verle gran cosa de la cara, porque llevaba unas gafas de color, de esas que están ahora de moda... El pelo era largo, lo recuerdo muy bien, porque lo llevaba suelto, largo, un tanto desordenado... Vestía muy discretamente y sólo llevaba un pequeño maletín...

Grotton sacó un billete de cinco dólares y lo puso en manos de Harris.

—Déselo a Mac en mi nombre cuando lo vea —sonrió.

Abandonó el cuartito y se encaminó a la oficina de expedición de pasajes de avión. Más tarde, regresó a su casa. Sandra le contempló intrigada.

—Has debido de trotar mucho, Mark. Todo el día has estado fuera...

—Tenía que hacerlo —sonrió él.

—Supongo que sí. ¿Buenos resultados?

—Inmejorables. Sally Shadd regresa mañana por la mañana, a primera hora. Sandra se llevó una mano al pecho.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró. Grotton le guiñó un ojo.

—Llama a Ingalt y pregúntale si tendrás que doblar a Sally en las escenas acordadas. Puesto que ella vuelve a casa, quizá no necesiten tus servicios.

—Eso me privaría de veinticinco mil dólares, Mark —se quejó la muchacha.

—Tendrías que resignarte. Pero tampoco estarías en la calle, como antes. Anda, haz lo que te digo —insistió el joven.

Sandra le miró, sospechó que en aquella orden había oculto un significado, que no podía adivinar por el momento y, finalmente, levantó el teléfono.

CAPÍTULO XII

La casa resultaba casi tétrica. Solitaria, silenciosa, falta de calor humano, producía cierta impresión no desagradable del todo, pero sí deprimente, a pesar del lujo que se apreciaba en la decoración.

Grotton recorrió el interior del edificio. Sandra le seguía a prudente distancia, bastante aprensiva.

—No sé qué dirá Sally cuando nos vea —dijo al cabo de unos momentos—. Estamos aquí sin su permiso, y para entrar, hemos tenido que romper el cristal de una de las ventanas.

—Sally no dirá nada, encanto —respondió él, cuando ya salía del dormitorio, una pieza decorada con tanta fantasía como mal gusto—. Hay que verlo para creerlo —añadió.

—¿A qué te refieres, Mark?

Grotton señaló con el pulgar a su espalda.

—Esa decoración —respondió— Es horrible.

—Bueno, cada uno tiene sus gustos y Sally... ¡Eh, has dicho que no se quejará de nuestra presencia aquí!

—Claro, como que no va a venir. Sandra se puso rígida.

—Mark, tú me ocultas algo. ¿Por qué no hablas claro de una vez?

—Espera un poco. Ten paciencia, no tardarás mucho en saber toda la verdad.

Grotton se acercó a una de las ventanas, desde la que se dominaba un extenso panorama, y apartó un poco las cortinas, para mirar al otro lado.

—No se ve todavía —dijo.

—Si no va a venir, es lógico —contestó ella.

—No me refería a Sally.

Hubo un instante de silencio. Sandra tenía la vista fija en el

joven, pero éste continuaba explorando el terreno a través de la ventana.

—Te aseguro que no te entiendo —dijo Sandra al cabo de unos minutos—. Primero me dices que Sally va a volver...

—¿Qué te contestó Ingalt?

—Demasiado lo sabes; tendrán que pensárselo, Mark.

—Bien, habrá que discutir el asunto cuando llegue el momento. Pero después de que hayamos hablado con el tipo que se acerca a la casa.

Sandra corrió hacia la ventana y divisó un coche que subía por el camino que conducía a lo alto de la colina, en la cual se hallaba el edificio. La distancia era todavía excesiva para que pudiera captar detalles del vehículo, aunque sí pudo apreciar que no se trataba de un «Porsche».

—¿Quién es, Mark? —preguntó.

—Lo sabrás muy pronto. Sandra, escóndete en la otra habitación. Si quieres, deja la puerta entornada, para escuchar, pero, te lo ruego sinceramente, no te asomes para nada ni des a entender que estás aquí.

—Me estás asustando...

Grotton la empujó a través del salón.

—Escóndete —ordenó con perentorio laconismo.

Ella obedeció. A los pocos segundos se oyó el chirrido de los frenos de un coche que se detenía bruscamente.

Un hombre se apeó del vehículo, subió en dos saltos los escalones que conducían al porche, sacó una llave y la insertó en la cerradura.

Abrió la puerta, cruzó el umbral y escuchó unos momentos. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó un revólver.

—¿Piensas matar a Sally, Tivvy Hoagey? —preguntó el joven repentinamente.

* * *

El sujeto se volvió con tremenda rapidez y encañonó a Grotton. Éste levantó las manos.

—No estoy armado —sonrió.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —preguntó Hoagey de mal

talante.

—Esperar su llegada. Sabía que vendría, Tivvy. Los ojos del «especialista» se achicaron.

—Empiezo a sospechar que la consulta que Sandra hizo anoche fue una trampa —dijo.

—Puede estar seguro de ello —contestó Grotton sin inmutarse—. Me costó bastante, pero, al fin, pude averiguar que Sally no sólo es absolutamente inocente de los crímenes que le imputan, sino que fue usted el que los cometió. Haciéndose pasar por Sally, naturalmente.

—¿De veras? —sonrió Hoagey—. Oiga, si eso fuera cierto, se demostraría que usted tiene una imaginación exuberante. Aparte de que, aun considerándome culpable, tendría que presentar las pruebas necesarias.

—Oh, no se preocupe, tengo las pruebas, Tivvy.

—A ver, diga...

—Primero, hemos de pensar en usted, un hombre polifacético, con buenas aptitudes como actor, «especialista» en doblar a las «estrellas» en escenas peligrosas y también con una innegable afición a la danza clásica.

—Es cierto. Hago todo eso y no mal ni mucho menos.

—Muy bien. Entonces, hablemos de los asesinatos que se han cometido y que usted y sus amigos pretendían achacar a Sally. Resultaba preciso que ella cargase con las culpas, pero alguien tenía que verla en los momentos más críticos. Usted se disfrazó como Sally, con un buen maquillaje en el rostro, y el truco dio resultado, todo es conveniente decirlo. Incluso a una chica como Sandra, que había conocido a Sally bastante bien, consiguió engañarla el día en que nos detuvimos juntos ante el semáforo. Precisamente, la noche en que murió Hobstein.

—De modo que les engañé —sonrió Hoagey.

—Totalmente —admitió el joven—. Además, eso es lo que quería, ¿no? Pero ahora sigamos hablando de los motivos que tuvo para cometer esos crímenes.

—Los motivos de Sally, señor Grotton.

—No, ella ya no tenía motivos contra nadie, aunque tampoco tenía por qué sentir simpatía hacia las personas que han muerto. Pero ustedes conocían las causas de ese rencor y sabían que ella

había dicho que un día se vengaría de los hombres que la habían ultrajado abyectamente. Fue en cierta fiesta, a la que usted, desde luego, también asistió.

—No tomé parte en aquella acción. Me enteré días más tarde.

—No le culpo de lo que ocurrió allí. Los autores fueron tres: Gorov, uno de los productores de la «Transmundial», Bailey, el guionista, y Hobstein, el agente artístico. Amanda Boles fue la persona que dio a Sally un cigarrillo de marihuana. Ella, embriagada, pero no inconsciente ni mucho menos, fue arrastrada a una habitación y allí sometida a las mayores vejaciones que puedan ser infligidas a una mujer.

—Sally no era una santa precisamente —comentó Hoagey.

—No lo discuto —respondió el joven fríamente—. Pero hay muchas formas de divertirse, sin recurrir a salvajadas. En resumen, si Sally ha tenido amoríos, ha sido como aquel borrachín que decía que sólo tomaba un trago cada una vez. Usted lo entiende, claro.

—Sí. Prosiga, se lo ruego.

—Bien, el caso es que la «Transmundial» se encontraba ya en una crítica situación, haciendo aguas por todas partes y a punto de naufragar. Entonces, Sally, acometida por un extraño delirio, abandonó el país. Usted lo sabía, porque era el último de sus amoríos. Ella, además, para evitar publicidad, abandonó el país con otro nombre, otro aspecto, y un pasaporte legal, pero falso, porque no figuraba en él su nombre verdadero. Como sabían que nadie había advertido su ausencia, ya que ella, además, cambió su aspecto y hasta se puso una peluca negra, decidieron aprovechar la ocasión para cometer esos crímenes y así conseguir que ella cargase con las culpas.

—Está hablando en plural. Cualquiera diría que somos más de uno los que hemos tomado el aspecto de Sally.

—Los culpables son tres, aunque sólo usted haya apretado el gatillo. Pero posee un cierto número de acciones de la «Transmundial» y ahora, con el escándalo y la publicidad provocada por esos asesinatos atribuidos a Sally, la empresa se va a poner a flote y obtendrá más beneficios que nunca. Con eso contaban ustedes y encontraron las víctimas ideales, los tres hombres que habían ultrajado a Sally, más la «script» que, en cierto modo, también había colaborado en aquella repugnante acción. Sí, tres

culpables: Lang, Ingalt y usted el principal de todos, puesto que es el autor de los asesinatos.

—Le va a costar demostrarlo, a pesar de todo, abogado —gruñó Hoagey.

—Todo llegará, Tivvy —dijo el joven sin inmutarse—. No sé cuándo regresará Sally, pero, con toda seguridad, en el «Porsche» que había en el «*parking*» de la casa que usted alquiló bajo el nombre y la apariencia de Ellen Martin, que es el mismo que Sally puso en su pasaporte falso, encontrarán sus huellas dactilares.

—Lo dudo mucho. Tuve buen cuidado de usar siempre guantes...

—No se usa un coche con frecuencia, sin que, de una forma u otra, queden huellas dactilares. Además, está el revólver con el que me apunta, que, sí, perteneció a Sally, pero que usted se llevó de esta casa. Además, si ella está en el extranjero, ¿no cree que le resultará fácil probar la coartada?

—Volverá con el nombre de Ellen Martin y todo el mundo creará que se escondió...

—No, no piense en esa solución. Tivvy. Después de todo lo que he averiguado, la policía ya no podrá acusar a Sally. Usted cargará con todas las culpas, créame.

—Parece que he cometido algún error —dijo el asesino pensativamente—. ¿Puede indicármelo, abogado?

—Claro, con mucho, gusto. Usted sabía que Sally abandonaba el país, pero no la acompañó al aeropuerto, para que no le vieran con ella y pudieran recordarle algún día. Sin embargo, no supo reparar en que Sally había dejado su «Porsche» en el «*parking*» del aeropuerto. Lo habría utilizado usted, para «doblarla», pero al no encontrarlo, no tuvo más remedio que procurarse uno idéntico, aunque, eso sí, colocándole la misma matrícula.

—Es cierto —admitió el asesino con expresión de rabia—. No se me ocurrió que el coche podía estar allí... Pensé que ella habría utilizado un taxi para desplazarse hasta el aeropuerto. ¿Más errores, por favor?

—Varios, en efecto. Usted, después de cada asesinato, corría como un gamo. Alguien me dijo una vez que, en una carrera entre Sally y una tortuga, ganaría la tortuga. Es usted un hombre fuerte, ágil, bien entrenado... lo que no se puede decir de Sally, quien, por

otra parte, es una pésima conductora. Seguramente, se compró el «Porsche» para presumir y... Además, otro punto importante: Sally no fuma.

—Eso no es relevante —alegó Hoagey.

—Lo es, porque en el apartamento en que ocupó usted bajo el nombre de Ellen Martin, a fin de tener un escondite seguro, y al que acudían y del que salía convenientemente disfrazado, encontramos varias colillas. En una de ellas se puede admitir no hallar rastros de pintura de labios, pero no es posible encontrar todas completamente limpias de carmín.

—Yo me pintaba los labios cuando desempeñaba el papel de Sally.

—Sí, pero usted es un hombre y, apenas llegaba al apartamento, se limpiaba los labios, porque, me imagino, no le gustaba llevarlos pintados más del tiempo necesario. Otro detalle, Tivvy; la señora Hobstein le vio quitarse los zapatos de tacón alto, para correr mejor, después de matar a su marido.

Hoagey meneó la cabeza.

—Temo que habré de liquidarlo también a usted —dijo—. No puedo permitir que ande por ahí, repitiendo esto a la gente...

—Tivvy, no sea tonto... ¿De veras cree que vine sólo a esta casa? El sujeto se sobresaltó terriblemente.

—¿Quién más está aquí? —gritó.

—Alguien que ha escuchado nuestra conversación y que, lógicamente, la ha grabado —respondió Grotton.

—Esa entrometida de Sandra Dunlare...

—No —corrigió el joven—. Es el sargento Keston, de Homicidios...

Otra puerta distinta se abrió en aquel momento. Hoagey se volvió y divisó una silueta, contra la que disparó instantáneamente.

Keston apenas si tuvo tiempo de echarse a un lado. La bala hizo volar astillas de la puerta y el policía contestó con dos disparos que alcanzaron plenamente su objetivo.

El revólver saltó de la mano de Hoagey, quien la llevó inmediatamente al pecho. Luego se arrodilló muy despacio.

—Una bonita... jugarreta... —jadeó.

Estuvo así un momento y luego se venció hacia delante. Su rostro chocó contra la alfombra sin hacer ruido. Se estremeció un

poco y muy pronto se quedó quieto definitivamente.

—Demonio de hombre —masculló Keston—. Estuvo a punto de enviarme al otro mundo. ¿Por qué diablos tuvo que disparar, si ya se sabía perdido irremisiblemente?

—Creo que fue una reacción instintiva. Sí, Sabía que estaba perdido, pero el ansia de escapar le hizo obrar irreflexivamente. Sargento, ahora tendrá que ocuparse de Ingalt y de Lang.

—Déjelo de mi cuenta, Mark —respondió Keston.

Sandra se había asomado a la otra puerta y aguardaba expectantemente. Grotton avanzó hacia ella.

—Lo siento, encanto. Tus veinticinco mil dólares se han evaporado.

—No me importa —repuso la muchacha—. Ya cuento con tu empleo, supongo.

—Claro. Te necesito, Sandra.

Grotton miró a la joven y sonrió. Sandra sonrió también.

* * *

La casa estaba llena de agentes de uniforme que iban y venían por todas partes. Otros policías, de paisano, tomaban huellas y fotografías. En la entrada había algunos periodistas, tratando de inquirir noticias de lo ocurrido. El teniente Casado y su subordinado, Keston, se esforzaban por poner un poco de orden en aquel maremágnum.

Alguien llegó y se sorprendió enormemente de encontrarse con aquel caos.

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Por qué ha invadido mi casa toda esta gente?

Grotton y Sandra contemplaron estupefactos a aquella figura, ataviada con una túnica amarilla y con la cabeza completamente afeitada.

—Dios mío —exclamó la muchacha, aterrada—. ¡Es Sally Shadd!

—¿De dónde rayos sale con ese aspecto de espantajo? —dijo Grotton, estupefacto. Keston corrió hacia la recién llegada.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

—Soy Sally Shadd y no entiendo lo que pasa aquí...

—¡Sally! —gritó Sandra—. Yo te lo explicaré, pero antes tienes

que decirnos de dónde vienes con esa facha.

Sally se irguió orgullosamente.

—He estado en Khatmandú, en el Nepal, adquiriendo profundos conocimientos sobre la vida y el ser anímico de la persona. He decidido vivir en la pobreza a partir de ahora, como viven los maestros que han llegado a lo más profundo del espíritu, desdeñando por completo lo material...

—Loca, está loca de remate —gruñó Keston.

—Habrá que encerrarla —dijo el teniente Casado.

—Déjenme a mí —pidió Sandra—. Sally, por favor, vuelve a la normalidad. Se han cometido varios crímenes y te los achacan a ti. Ya se han encontrado a los culpables, pero... ¿fue Tivvy el que te aconsejó viajes a Khatmandú?

—Sí, yo había mostrado cierta curiosidad sobre esos temas y él... ¿Pero, qué tiene que ver esto con lo que pasa en mi casa?

—Permítanme —rogó la muchacha—. Ven, Sally, será mejor que te lo explique todo.

Las dos mujeres se encerraron en una habitación. Grotton y los dos policías aguardaron pacientemente.

Transcurrió casi media hora. De súbito, se oyó un agudo chillido.

Grotton corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. Sally tenía las manos sobre la cabeza.

—Estaba loca, no sabía lo que me hacía... Dios mío, ¿cómo se me ocurriría cortarme el pelo, con lo hermoso que lo tenía?

Sandra dirigió al joven una sonrisa maliciosa. Grotton rompió a reír.

—Ha vuelto a la cordura —dijo la muchacha.

—Tendré que estar seis meses sin salir de casa, hasta que me crezca el pelo nuevamente —dijo Sally, terriblemente afligida.

—Mujer, hay pelucas...

—De modo que lo sabe todo —dijo Grotton más tarde, en un aparte que tuvo con Sandra.

—Sí, desde luego. Fue una chifladura momentánea, pero lo que, a mi entender, la hizo volver a la realidad, fue la publicidad que se va a derivar de todos estos crímenes y que, naturalmente, redundará en beneficio suyo.

—La publicidad, si el producto no es bueno, no da resultados —

contestó Grotton sentenciosamente.

—Tendrá que esforzarse mucho, si quiere que el producto resulte de buena calidad. A propósito, el seudónimo de Ellen Martin fue sugerido también por Hoagey. Total, querían cargarle el muerto...

—Los muertos —rectificó el joven.

—Sí, cuatro, pero no se sabe quién mató a Harry «El Manco».

—La policía ya se las está entendiendo con Kitty. Pero eso ya no nos importa a nosotros, Sandra.

—A ti también te beneficiará la publicidad, Mark. Puede decirse que has resuelto el caso.

—Quizá, algún día, escriba un guión con este argumento. Pero eso es el futuro y yo pienso ahora en el presente.

—¿Sí? ¿Dónde está ese presente?

Grotton fijó la vista en el hermoso rostro de la muchacha.

—Lo tengo delante de mí —respondió.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.